REVISTA MULTICOLOR DE LOS SABADOS

CRITICA

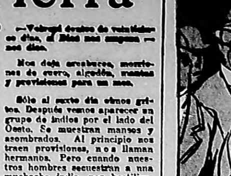
MAYOR CIRCULACION SUDAMERICANA

AÑO I — BUENOS AIRES MARZO 10 DE 1934 — No. 31

VISTO y OIDO ★ *La tumba del primer hombre* ★ por PREMIANI



Cruces Sobre la Tierra Despedazada



ORTIZ Behety y González Trillo—los escritores enumerativos y ardientes de "Tierra Sur", de "Canciones junto al fuego del vivac", de la novela "Días adolescentes" y de "Querencia de Buenos Aires" — recrean aquí un desesperado episodio de los primeros navegantes que se enfrentaron con el mar patagónico.

UN viento negro azota las islas del Socorro. No hay estrellas. El agua de la lluvia es muy fría. El mar no tiene piedad.

Por la cubierta de "Nuestra Señora de la Esperanza" corre el agua viscosa sobre las tablas oscuras, las cuerdas de esparto, las lonas cubiertas de sal.

Hay un hombre pálido, de ojos grises, de labios secos. Tiene los ojos clavados en la sombría costa de las islas. Piensa que allí, bajo las chozas, sentiría la lluvia golpear los cueros de guanaco con un sordo redoble de tambor, que allí, donde la llama del fuego se levanta alegre y vibrante, tendría un seguro refugio. Se llama Sarmiento de Gamboa.

Piensa en las lagunas cordiales, en los ojos negros de las indias, en la distancia como de foca sobre las lunas, y tiene un estremecimiento. Siente el frío del agua en las costas sombrías de las islas del Socorro; después, nada más que el mar.

El mar, y siempre el mar. El mar que le trae recuerdos innumerables de sus vidas errantes.

El encuentro de las islas Desventuradas, que vimos con la primera luz del amanecer, a dieciocho leguas al Oeste, y fué un día de angustia, el 2 de febrero de 1580, cuando bautizamos con el nombre de tierra de la misericordia aquella región blanca, donde unos indios sumisos nos miraban asombrados, y en cuyo cielo se hizo un eclipse de luna, como si fuera un triste presagio.

Dos días más tarde nos acercamos a una isla de árboles verdes y extraños pájaros que no conocíamos. La llamamos Isla de los Pájaros.

Luego no vimos tierra hasta aquella que yo bauticé con el nombre de "Isla donde huye el indio". Allí vivía una tribu salvaje. Sus gritos parecían aullidos de lobos.

Allí desembarca Miguel de Aguirre con cuatro hombres. Sólo encuentran una osamenta y piraguas abandonadas.

Fué en la tierra que llamamos de "Nuestra Señora de la Esperanza", donde Sarmiento de Gamboa, el jefe más intrépido y el más audaz de los aventureros, fué herido por una flecha india. Todos pensamos que si Sarmiento de Gamboa moría, había llegado nuestra última hora.

El había jurado llegar con sus hombres a las soledades del Atlántico, atravesando el Estrecho, y llegaría. Nosotros lo acompañábamos, y con él iríamos hasta la muerte.

Desde aquella medianoche del 25 de marzo en que apareció un arco iris, deslumbrándonos con su luz blanca, hasta la medianoche que hoy vivimos, cuántas tierras holladas, cuántos días de cielo y mar, y sobre todo, cuántas blasfemias entre súplicas y plegarias.

Y el recuerdo terrible de todos los sufrimientos, de tanta angustia. En el Cabo San Ignacio se estrellan cinco naves. Perdimos ochocientos hombres. Una mañana se hunde a nuestra vista la Nao Providencia. No pudimos socorrerla. Todos murieron. Sólo nos quedan cuatro de las veintitrés naos con que nos hicimos a la vela, en nombre de la Santísima Trinidad, del Padre, del Hijo y Espíritu Santo, del puerto de Callao.

No era sólo la amenaza de la tierra, no era sólo el peligro del mar. También debíamos temer, entonces, al corsario Francisco Drake, cuyos dos navíos compañeros eran el terror de los mares del Sur.

La Costa del Fuego era una amenaza implacable, y además, el peligro indio, las desavenencias, los odios, la traición de los compañeros, y el hambre y la sed de muchos días sin esperanza.

Pasamos días sin ver tierra, navegando a ciegas. Cada día era una resurrección. Seguíamos confiados en Dios. Sabíamos que él nos amparaba. Amanecimos frente a una inmensa bahía. Pudimos acercarnos a la costa. Fundamos la Ciudad del Nombre de Jesús en un valle con agua. Muchos muertos. El frío nos aniquila. Los heridos, inmovilizados, se hielan lentamente. Perdidos, destrozados por las tormentas, creíamos que cada día sería nuestra última jornada. Sarmiento de Gamboa, en señal de posesión, plantaba cruces en todas las islas que descubríamos.

Nos quedan dos naves. Juan de Villalobos es el capitán de la San Francisco, la nao menor.



Sólo tenía una orden que cumplir. Seguir de noche la luz roja del farol y de día la bandera capitana de nuestra nave. Pero no la cumplió. Tuvo miedo, quizá, o perdió la ruta en la noche del mar.

Vimos humaredas en la Isla de la Cruz. Estábamos cercados por trozos de hielo errantes. La tripulación quería regresar. Hubo un motín que sofocamos sangrientamente. Pero yo sentía que estábamos tentando a Dios.

Esa noche no durmió la gente. La proa está abierta. Hay que calafatearla. Las bombas no dejan de funcionar un solo instante. Pero las fuerzas se acaban. Se oye la voz de Fray Miguel, el franciscano: "Dadnos fuerzas, Señor, y ayudadnos si es que aún no debemos comparecer ante Vos".

Hay algo que nos alienta y anima. Hacemos un último esfuerzo.

El día se abre claro; hay cielo azul y bonanza en el mar.

En el amanecer vemos tierra, cordilleras nevadas. Es una tierra hostil, hay una costa bravía, el mar golpea en los acantilados.

Al mediodía desembarcamos. Plantamos una cruz alta. Cantamos el Tedéum Laudamus, de rodillas. Muchos de nuestros hombres lloran. Sarmiento de Gamboa hace un mojón con piedras y lo cubre de ramas que corta con su espada. Es la señal de posesión. Al pie de la cruz, con letras cavadas, graba: "Abajo hay una carta".

La tierra es grande y misteriosa. En la arena hay huellas de pies desnudos. Un silencio infinito abarca todas las cosas. Sentimos una opresión.

Rastros de antas y venados. Bandadas de pájaros negros. Eso vemos.

Hay días oscuros de lluvia y tristeza, en que el viento aulla en los peñascos y nos sume en una sensación dolorosa de abatimiento y soledad.

Ordeno construir una choza con huesos de lobos. En una de mis incursiones hacia el Norte, una noche en que un viento furioso y helado nos azota descubrimos un valle. Elevamos una plegaria silenciosa. Lo llamamos Valle de la Oración.

Sarmiento de Gamboa ha partido tomando la ruta de la Ciudad del Nombre de Jesús, después de reparar la nave. Nos ha costado muchos días de duro trabajo. Debimos remendar las velas. Las gavias y los mástiles estaban destrozados. No tenía anclas.

—Volvería dentro de veinticinco días, si Dios nos ampara — nos dice.

Nos deja arcabuces, montones de cuero, algodón, mantas y provisiones para un mes.

Sólo al sexto día oímos gritos. Después vemos aparecer un grupo de indios por el lado del Oeste. Se muestran mansos y asombrados. Al principio nos traen provisiones, nos llaman hermanos. Pero cuando nuestros hombres secuestran a una muchacha india, nos hostilizaban en todas formas.

El calafate Gaspar Antonio es asesinado. Pedro de Aranda, herido en los ojos, queda ciego.

La indiada se va lejos, a una tierra sin huellas, cuyos confines nos están vedados.

Después los días de niebla y de oscuridad, en que cuidamos al vacilante fuego de las hogueras como una cosa sagrada, mientras el humo espeso nos ampara. Noches en que el silencio es tan grande que sentimos ganas de morir. Y más allá, una tierra despedazada donde se arremolinan las corrientes.

Nos queda un poco de pan y media pipa de harina de raíces. Son nuestras últimas provisiones. Han pasado tres meses y Sarmiento de Gamboa no regresa. Sentimos crecer el peligro del hambre. Debo reducir la ración de mi gente. Tienen los ojos fijos en mí cuando hago el reparto; me miran con rencor, tienen para mí un silencio hostil.

En las noches sólo se oye el clamor del mar azotando la tierra.

La muerte nos cerca. Nos quedan solamente algunas sobras del pañol del pan. Logramos cazar pájaros niños. Comemos unas frutas silvestres, coloradas como cerezas, que nos producen dolores espantosos.

Matan a uno de mis hombres de confianza, a quien le había encargado la custodia de las provisiones. Se llevan todo y esa noche intentan hacer volar mi choza con el barril de pólvora que nos queda. Eran seis hombres; cinco son ahorcados, el cabecilla huye a los montes. Lo encontramos muerto, rígido, enterrado en la nieve. Se llamaba Juan Suárez.

Esto era en el buen tiempo. Ahora un círculo rojo en la luna anuncia tormenta y una éxhalación como nunca vimos correr por el cielo.

Es la señal de la lluvia. Llueve sin cesar durante quince días. Salimos enloquecidos de hambre a buscar raíces. Pedro Márquez encuentra una foca muerta. No quiere compartirla.

La guarda en una bolsa y esa noche la utiliza como almohada para que no se la roben. Pero es inútil; a la mañana siguiente lo encontramos muerto a puñaladas.

Ha pasado tiempo. Quizás Sarmiento de Gamboa haya muerto. Quizás "Nuestra Señora de la Esperanza" esté reposando en el fondo del Estrecho Madre de Dios.

Acaba de morir en mis brazos don Juan de Acuña. Es un día de sol. Anoche se ahorcaron dos hombres. Francisco Guzmán pide que lo maten.

Tenemos por toda comida una gaviota y yerba de los pantanos.

Algunos no resisten más. Hacen una canoa con troncos y se lanzan a la aventura. El mar los estrella contra la costa. Las olas arrojan sobre la arena los cadáveres despedazados por las rocas.

Tenemos los ojos ciegos por el frío. Ya no conseguimos encender hogueras. Ya no hay esperanzas.

POR

Ortiz Behety y González Trillo

ILUSTRACION DE TRINAS FOX





El Desfile

★

HASTA ese momento, el padre no había recibido la orden de presentarse al servicio militar, y aun cuando debía saber que no lo llamarían a las armas, se mostraba en aquel tiempo nerviosísimo. Cuando caminaba por el pasillo y el cartero hacía deslizar alguna carte por debajo de la puerta, se quedaba parado con la espalda contra la puerta. Tenía la impresión de que algo o alguien le tocaba y no se atrevía a dar la vuelta. Sólo cuando oía arrastrar el perro, que lo llamaba su hijito, que se cerraba alguna puerta en la casa, estridentaba un timbre o se interrumpía una risa, se sentía capaz de moverse. Dispuesto a todo, giraba la cabeza sobre el hombro y encontraba... una carta cualquiera. Sus manos estaban mojadas, tenía que sentarse, estaba completamente agotado cada vez que se repetía la misma situación.

Para Martín, esas primeras semanas de la guerra resultaron tumultuosas y magníficas. Sólo más tarde, cuando las recordaba, mes tras mes, dejáronle la sensación de escalofrío propia de las cosas lejanas y antipáticas. Su padre trató una vez de hablarle sobre la guerra, pero Martín estaba caldeado y despreocupado. Tenía catorce años y la guerra no era para él más que una espeluznante novela de pieles rojas, formidablemente excitante. Con intervalos de días lo llamaban, junto con sus camaradas, al aula mayor del colegio. El director, un anciano huesudo, miope, que tosía continuamente, vociferaba unas palabras; luego cantaban un himno y finalmente seguía medio día de asueto. De esa forma se celebraban las victorias, cuarenta mil prisioneros, doce mil muertos.

—¡Doce mil muertos! — gritaba el niño haciendo irrupción, jubiloso e inocente, en su hogar. ¡Asueto!

El perro, Brujo, un animalito de color marrón, con blandas orejas y mirada confidente, lo saludaba alegremente. La madre sonreía, pálida; el padre se levantaba y salía de la habitación.

Pasó un año. La gente se había acostumbrado a la guerra, la sentía como una nube pesada, como si lloviera incesantemente, sin compasión. Pero en realidad los veranos eran calurosos, secos y los inviernos, fríos, oscuros, y muchos de los voluntarios que habían salido jubilosos, regresaron tranquilos. Sucedió entonces, en el verano de 1916, que llegó la orden de presentación; el padre mismo la recibió de manos del mensajero, le dió una propina, cosa que jamás había hecho. El mensajero le dió las gracias, pero no bajó la escalera.

—¿Por qué no se va usted? — le preguntó el padre.

El mensajero sonrió, desconcertado, y de pronto volvió a sacar la moneda del bolsillo y, tendiéndosela al padre, le dijo:

—Preferiría no tomarla.

—¡Téngala, téngala! — murmuró el padre.

—No, por favor, no — insistió el mensajero, miedoso. Y de repente, agregó:

—Yo no tengo la culpa, señor.

El padre lo miró de hito en hito y tomó la moneda. Cerró la puerta y atravesó despacio el pasillo. Cuando puso la mano sobre la manija de la puerta del comedor, la miró largamente. Estaba gastada de sus propias manos, de las de su mujer y del muchacho.

Se recostó contra la pared del pasillo oscuro y creyó que tendría que morir de dolor.

A la noche, después de cenar, lo dijo.

Tenía cuarenta y tantos años, el entusiasmo había pasado en todas partes; nadie quería seguir, pero era necesario hacerlo. A la mañana del día subsiguiente se presentó.

Por lo pronto, fué instruído, y generalmente volvía muy tarde a su casa. Una vez regresó a mediodía, ocasionando a la madre un gran sobresalto. Ella estaba en la cocina y planchaba, cuando de repente, entró. En el primer momento de aturdimiento creyó que ya estaba muerto y que se presentaba su ánima. El se rió de ella y la apretó quedamente contra su cuerpo. Su risa tenía el tono mitad burlón y mitad tierno de antes. La madre se sintió apaciblemente cobijada.

Entonces él le dió la noticia:

—Mañana habrá desfile.

Pero ella no escuchó, lo abrazó fuertemente, se separó y una y otra vez lo tomó de sus manos, escondió la cabeza debajo de sus brazos y susurró, como todos los días:

—¿Ya sabes cuándo?

—¡Oh, aun falta muchísimo, querida!

—¿De veras? ¿Me dices la pura verdad?

—Sí, Sí. ¿No ves que todavía no estamos completamente instruídos?

Al día siguiente, la mujer y el hijo fueron a presenciar el desfile. Llevaron al perrito. El desfile tuvo lugar en una plaza amplia, en la que se había aglomerado un gentío enorme, infinidad de mujeres y de niños. Los soldados, con los fusiles a los pies, estaban uno junto al otro en un rincón opuesto de la plaza, apretados, como si tuviesen frío. A la distancia parecían chiquitos, soldaditos de plomo, inmóviles y mudos. En medio de la plaza se hallaba el general, a caballo; a su lado un grupo de quince señores que se mantenían firmes: eran oficiales.

Martín y su madre estaban en la primera fila porque habían llegado temprano. Detrás de ellos se agolpaba la gente. Sus corazones latían fuertemente. Delante suyo estaban agentes de policía, de anchas espaldas, que a veces apoyaban sus vientres contra los espectadores, exclamando: ¡Atrás!

De pronto se oye un grito y al instante se nota que se mueven los lejanos soldaditos de plomo como gimnastas, adelantándose en filas, pasando frente a los señores apostados en medio de la plaza. Ya alcanzan la primera esquina del cuadrado, doblan hacia la izquierda y pasan a lo largo de la acera en que se hallan Martín, su madre y Brujo. El perro tiembla y se restriega, caluroso y tímido contra las piernas del muchacho.

—¿Dónde está papá? — pregunta Martín en voz baja, emocionado y al mismo tiempo que llegan los primeros soldados aprieta fuertemente la mano de la madre. Ya pasó la banda. Cientos, miles de hombres desfilan delante de ellos. Buscan con la vista ávidamente, al punto de que llegan a sudar por temor de que pudieran no encontrar al hombre que tratan de reconocer entre las incontadas filas de hombres grises e iguales. Desde su posición en la primera fila, Martín ve perfectamente, pero no alcanza a distinguir todos los rostros que pasan tan rápidamente delante suyo y se siente desoladoramente desamparado. Quisiera gritar "¡Alto!" para poder distinguir esas caras, pero una fila sigue incansablemente a la otra — clap, clap, una fila, y ya sigue otra— y todas son iguales: piernas, cuerpos, yelmos. Es algo terrible. Parece como si siempre volviesen los mismos hombres. Martín piensa: esos son maestros, almaceneros, fogoneros, alegres mozos de café. Y mientras mira a todos esos rostros que se deslizan, se pregunta: ¿Por qué marchan así? Y de pronto se acuerda de lo que irán a hacer esos hombres. Repentinamente ve en todos ellos —cosa que nunca le había sucedido— como iluminados por un relámpago, la chispa del asesino. Se siente presa del miedo, temor y desamparo. Esto es un desierto, piensa.

—Los espectadores callan, ya sea por admiración o por temor o por la extraña impresión que les causan sus padres y esposos que les han sido quitados. Esos hombres, cuyos cuerpos conocen, son ahora maniquíes del Estado. ¡Epa, cómo alzan las piernas!

De repente, en medio de ese silencio desagradable, Brujo empieza a gruñir. Aun no había perdido totalmente su miedo. Aun el muchacho siente su cuerpo cálido apretado contra sus piernas; pero antes de que lograra calmarlo, el perro se mete entre las filas de los soldados grises.

Los curiosos quedan perplejos. Los soldados, que marchan al paso de parada, con las piernas estiradas, no se dieron cuenta todavía; sigue pasando una fila tras otra, como las aspas de un molino de viento, incesantemente. Ven el animal... y ya pasaron. Pararon. Los rostros permanecen inexpresivos, idénticos, como de estampas inmóviles.

Brujo se quedó parado. Tiene miedo, como todos. Pero de repente alza la cabeza y —todos retienen la respiración— salta jubilosamente contra uno de esos muñecos. Martín lo reconoce. Es el padre, el bondadoso padre de la niñez, un oasis en el desierto. Pero, ¿qué? Sigue marchando, sin inmutarse, clap, clap, clap. Sus piernas — Martín las reconoce porque jugaba tantas veces sobre ellas— se mueven como las hojas de un cortaplumas. Gris, perdido, amargado, pasa delante de la gente, como todos los demás. Martín ve que el padre reconoce a Brujo a pesar de que mantiene la mirada fijamente dirigida hacia adelante; empieza a temblar cuando el animal asalta sus piernas. ¡Pero las piernas! Dios mío, las piernas. Se levantan, arriba, abajo, arriba sin compasión, inconmoviblemente crueles —piensa Martín— Y tanto mayor es esa crueldad de parte del padre, por cuanto éste ha de saber lo ridículo que resulta. Martín adquiere de repente la conciencia de lo que es guerra y quisiera morir. Siente que eso no es un juego, que es una violencia irresistible, lúgubre, grandiosa y ridícula.

El perro se asusta. Lo sorprenden las botas duras que le tocan y le vuelven a tocar. Ese murallón de miradas fijas y de olor a sudor no se para, sino marcha. Pasará por encima de él. El animal llora, grita. Por una partícula de segundo, el niño cree observar en el rostro del padre un movimiento ¿Se producirá un desorden en las filas? En ese momento aparece un suboficial. Un héroe. Primero hace "ch, tch", pero sólo consigue que el perro muerda, de miedo, las botas del padre, dispuesto a no abandonarlo. Y el padre sigue levantando, bajando, levantando las piernas, arrastrando a Brujo. Ahora el suboficial desenvaina la bayoneta y la hunde profundamente en el cuerpo del animal. Martín percibe el ruido, a pesar de los pasos. Entonces el suboficial levanta un poco la bayoneta: un pedazo de acero reluciente y el cuerpo de Brujo convulsionándose. Tira el cadáver, lo sacude a un lado, fuera de las filas en marcha. Y vuelve a envainar la bayoneta. Tiene un rostro serio, sombrío. Cuando hundió su arma en la carne de Brujo, su boca estaba abierta y relucían sus ojos.

Pero entretanto ya pasó su fila y la próxima. Martín lo sigue con la vista. Pero ahora ya el suboficial es uno de tantos, confundido con todos, imposible de ser distinguido. Desde atrás, todos son iguales, el suboficial y todos. También el padre.

POR

HEINZ LIEPMANN

ILUSTRACION DE A. BECHAIN



La Vida de García Lorca, Poeta

★

—LOS hombres, en su mayoría,—dice García Lorca,—tienen una vida especial que usan como tarjeta de visita. Es la vida que se les conoce públicamente y que ellos mismos presentan diciendo: —"Yo soy éste", y que se les recibe pensando: —"Si usted lo dice..." Pero esa mayoría tiene también la otra vida, una vida gris, agazapada, torturante, diabólica, que trata de ocultar como un feo pecado. Mucha gente ha hecho su fortuna diciendo al oído de algunos ricos las siete palabras milagrosas: "—Me das Tanto, o lo digo Todo"... Ese Todo es el eje de la vida gris...

Mientras habla, el poeta fija sus ojos en los nuestros. Su mirada adquiere tonalidades a ritmo con las palabras; brillantes, apagadas, violentas, persuasivas...

UNA VIDA DE NIÑO

Cuando alguien pregunta a García Lorca por su vida, el poeta se asombra.

—¿Mi vida? ¿Es que yo tengo vida? Estos mis años, todavía me parecen niños. Las emociones de la infancia están en mí. Yo no he salido de ellas. Contar mi vida sería hablar de lo que soy y la vida de uno es el relato de lo que se fué. Los recuerdos, hasta los de mi más alejada infancia, son en mí un apasionado tiempo presente...

—.....

—Y se lo contaré. Es la primera vez que hablo de esto, que siempre ha sido mío solo, íntimo, tan privado, que ni yo mismo quise nunca analizarlo. Siendo niño, viví en pleno ambiente de naturaleza. Como todos los niños, adjudicaba a cada cosa, mueble, objeto, árbol, piedra, su personalidad. Conversaba con ellos y los amaba. En el patio de mi casa había unos chopos. Una tarde se me ocurrió que los chopos cantaban. El viento, al pasar por entre sus ramas, producía un ruido variado en tonos, que a mí se me antojó musical. Y yo solía pasarme las horas acompañando con mi voz la canción de los chopos... Otro día me detuve asombrado. Alguien pronunciaba mi nombre, separando las sílabas como si lo deletreara: —"Fe... de... ri... co..." Miré a todos lados y no vi a nadie. Sin embargo, en mis oídos seguía chicharreando mi nombre. Después de escuchar largo rato, encontré la razón. Eran las ramas de un chopo viejo, que al rozarse entre ellas producían un ruido monótono, quejumbroso, que a mí me pareció mi nombre.

Y LOS AÑOS CORREN

Los años pasaron. García Lorca, bajo la inteligente dirección de su madre, se inició en estudios musicales. Luego en estudios escolares. Después, ya librado a su propia dirección, fué a la Universidad. Encontró en el camino gentes malas y buenas. Pasó por ellas, tranquilamente. Se rodeó de amigos, pocos pero auténticos. Y desde entonces su vida está dividida en dos: la que vive para sus amigos y la que vive solo.

Ambas vidas tienen su bien. La de Lorca para los amigos es la que todos conocemos, alegre, bulliciosa, gentil, dinámica. La que no todos conocen, la que él mismo teme, es la antítesis. Flota sobre ella un espíritu trágico. El silencio de las ideas obsesionantes, como la idea de la muerte, trata de envolverla. Y el poeta vibra bajo el terror como un apasionado.

UN POETA RECIEN HALLADO

Hubo algunos años en la vida de Lorca, durante los cuales fué un espíritu en elaboración. Y otra tarde — los cambios en su vida ocurrieron así, repentinamente siempre — se descubrió poeta. Un amigo suyo estaba en Suiza curándose de una hemoptisis. Mantenían una frecuente correspondencia. Lorca, que nunca había salido de España, describía en sus cartas los paisajes suizos, tal como se los representaba su imaginación. Sus cartas tenían sabor, color y tonalidades de poemas. El amigo, entonces, le escribió, gritándole a grandes letras:

—"¡Federico, eres un poeta! ¡Debes escribir versos! ¡Envíame los primeros que hagas!..."

A García Lorca le sorprendió ese descubrimiento de su amigo. Se ignoraba poeta. En verdad que sentía intensamente las cosas y los paisajes, pero suponía que era cosa natural en todo el mundo. Ahora, en lo que se refiere a los versos, era cosa más difícil. Un verso significaba exponerse como poeta, como un hombre que siente en forma diferente a los demás. Por complacer a su amigo, escribió sus primeros versos. Los hizo después de un viaje a Castilla, durante el cual le llamaron la atención las cigüeñas, sentadas en lo alto de todos los campanarios. Estos pájaros le parecieron poetas melancólicos, que al carecer de música en la voz se acercaban a vivir junto a la fuente musical de las campanas. Los versos primeros de García Lorca son:

Cigüeñas musicales,
amantes de campanas.
¡Oh, qué pena tan grande
que no podéis cantar!...

¡Oh, pájaros derviches
llenos de soñolencia...!
. . . .
. . . .

EDELWEISS

La carta del amigo le trajo entre los pliegues una "edelweiss", la flor maravillosa de los Alpes. El amigo le decía:

"Conserva esta flor, que dará mucha suerte".

Esos primeros versos de Lorca fueron conocidos por sus amigos de España, que celebraron regocijadísimos la aparición de un gran poeta. Lorca no podía creerlo, pero siguió haciendo versos. Al hacerlos, se operaba en él un cambio sensible de temperamento, una especie de retorno a viejas emociones. Los recuerdos de niño volvían. Las cosas que antes le asombraban, le alegraban o le entristecían, regresaban a él con la misma fuerza emotiva de sus primeros años.

EL AMOR A LA TIERRA

—Amo a la tierra, dice Lorca. Me siento ligado a ella en todas mis emociones. Mis más lejanos recuerdos de niño tienen sabor de tierra. La tierra, el campo, han hecho grandes cosas en mi vida. Los bichos de la tierra, los animales, las gentes campesinas, tienen sugestiones que llegan a muy pocos. Yo las capto ahora, con el mismo espíritu de mis años infantiles. De lo contrario, no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Este amor a la tierra me hizo conocer la primera manifestación artística. Es una breve historia digna de contarse.

LOS ARADOS BRAVANT Y EL PRIMER ASOMBRO ARTISTICO

—Fué por el año 1906. Mi tierra, tierra de agricultores, había sido siempre arada por los viejos arados de madera, que apenas arañaban la superficie. Y en aquel año, algunos labradores adquirieron los nuevos arados Bravant—el nombre me ha quedado para siempre en el recuerdo—que habían sido premiados por su eficacia en la exposición de París del año 1900. Yo, niño curioso, seguía por todo el campo al vigoroso arado de mi casa. Me gustaba ver cómo la enorme púa de acero abría un tajo en la tierra, tajo del que brotaban raíces en lugar de sangre. Una vez el arado se detuvo. Había tropezado en algo consistente. Un segundo más tarde la hoja brillante de acero sacaba de la tierra un mosaico romano. Tenía una inscripción que ahora no recuerdo, aunque no sé por qué acude a mi memoria el nombre de los pastores de Dafnis y Cloe.

COMPLEJO AGRARIO

—Ese mi primer asombro artístico está unido a la tierra. Los nombres de Dafnis y Cloe tienen también sabor a tierra y amor. Mis primeras emociones están ligadas a la tierra y a los trabajos del campo. Por eso hay en mi vida un complejo agrario, que llamarían los psicoanalistas.

Sin este mi amor a la tierra, no hubiera podido escribir "Bodas de sangre". Y no hubiera tampoco empezado mi obra próxima: "Yerma". En la tierra encuentro una profunda sugestión de pobreza. Y amo la pobreza por sobre todas las cosas. No la pobreza sórdida y hambrienta, sino la pobreza bienaventurada, simple, humilde, como el pan moreno.

No puedo tolerar a los viejos. No es que los odie. Ni que los tema. Es que me inquietan. No puedo hablar con ellos. No sé qué decirles. Sobre todo aquellos viejos que piensan que, por solo serlo, están en todos los secretos de la vida. Eso que llaman experiencia y que tanto nombran los viejos, no la concibo. En una reunión de ancianos, yo no sabría decir una palabra. Me aterrorizan esos ojillos grises, lacrimosos, esos labios en continuo rictus, esas sonrisas paternales, ese afecto tan indeseado como puede serlo una cuerda que tire de nosotros hacia un abismo... Porque eso son los viejos. La cuerda, la ligazón que hay entre la vida joven y el abismo de la muerte.

Y la ha nombrado. García Lorca es un muchacho alegre, despreocupado hasta de sí mismo. Pero acaba de nombrar a la muerte y su rostro se ha transfigurado.

—La muerte.. ¡Ah!... En cada cosa hay una insinuación de muerte. La quietud, el silencio, la serenidad, son aprendizajes. La muerte está en todas partes. Es la dominadora... Hay un comienzo de muerte en los ratos que estamos quietos. Cuando estamos en una reunión, hablando serenamente, mirad a los botines de los presentes. Los veréis quietos, horriblemente quietos. Son piezas sin gestos, mudas y sombrías, que en esos momentos no sirven para nada. Están comenzando a morir... Los botines, los pies, cuando están quietos, tienen un obsesionante aspecto de muerte. Al ver unos pies quietos, con esa quietud trágica que solamente los pies saben adquirir, uno piensa: Diez, veinte, cuarenta años más, y su quietud será absoluta. Tal vez unos minutos. Quizás una hora. La muerte está en ellos...

No puedo estar con los zapatos puestos, en la cama, como suelen hacer los tofos cuando se echan a descansar. En cuanto me miro los pies, me ahoga la sensación de la muerte. Los pies así, apoyados sobre sus talones, con las plantillas hacia el frente, me hacen recordar a los pies de los muertos que vi cuando niño. Todos estaban en esa posición. Con los pies quietos, juntos, con zapatos sin estrenar... Y eso es la muerte.

Federico García Lorca ama el triunfo. Lo busca, lo provoca y lo consigue, pero no lo ama para sí. Lucha siempre para dar a sus amigos la satisfacción de saberlo triunfador.

—Si derrepente mis amigos dejaran de serlo, si estuviera rodeado de odios o de envidias, no podría triunfar. No lucharía siquiera. Poco o nada me importa de que a la gente le guste o no le guste mi obra. No me importa por mí, pero me importa por mis amigos, por esa barra de muchachos que dejé en Madrid y por los que tengo en Buenos Aires. Sé que ellos se disgustarían si una de mis obras fuera silbada. Yo sufriría por su disgusto, y no por mi obra. Son mis amigos los que me han creado la obligación de triunfar. Y yo triunfo porque quiero que mis amigos no me pierdan el cariño ni la fe que depositaron en mí. De los otros, de quienes no me quieren o que yo no conozco, no me preocupo artísticamente.

★

—¿Mi más grande emoción? La tuve ayer, acá, en Buenos Aires. Vino al teatro una señora preguntando por mí. La atendí. Era una mujer humilde. Vive en las afueras de la ciudad. Se enteró por CRITICA de mi llegada a Buenos Aires. En realidad, yo no me imaginaba el objeto de su visita. Y dejé que hablara. La mujer, cuidadosamente, desenvolvió algo, de entre unos papeles. Me miraba a los ojos y sonriendo, como si sonriera a un recuerdo, decía mi nombre: —"Federico... Quién iba a decirlo... Federico..." Y cuando desenvolvió su paquetito, sacó de él, un retrato amarillento. Era el retrato de un nene. Y fué ese retrato, mi mayor emoción.

—¿Lo conoces, Federico? — me preguntó.

—No, le contesté.

—Pues, eres tú mismo. Cuando tenías un año. Yo te vi nacer. Era vecina de tus padres. Aquel día, el día que naciste, iba a ir con mi marido a una fiesta. Me quedé sin fiesta, porque tu mamita estaba mala. Ayudé en la casa. Y naciste tú. Este retrato era de cuando tenías un año. Ves esta quebradura del cartón? las hicieron tus manitos cuando el retrato era nuevo. Lo quebraste y esta quebradura del cartón es un lindo recuerdo para mí...

Así habló aquella buena mujer. Yo no supo qué hacer. Tuve ganas de llorar, de abrazarla, de besar el retrato, y sólo atiné a fijar mis ojos en la quebradura del cartón... Ya hice eso yo, cuando tenía solamente un año. Y esa, mi primera obra, no sé si mala o buena, estaba delante mío.... Después de esto, ¿qué más puedo decir?...

Habíamos salido con García Lorca del teatro Avenida. Cuando pasamos en auto por frente al teatro, el poeta me señaló la cartelera, donde figuraba su nombre al lado de un adjetivo tropical.

—¿Ve usted eso? No puede imaginarse la vergüenza que me da el ver mi nombre así, en grande, expuesto al público. Tengo la sensación de estar desnudo ante la curiosidad de las gentes. No puedo soportar la exhibición de mi nombre. Pero debo tolerarla porque así lo exigen las necesidades del teatro. La primera vez que ví mi nombre así, en las calles, fué en Madrid. Mis amigos me llamaban alegre, ente, anunciándome que ya estaba en vías de fama. Pero a mí no me hizo gracia. Mi nombre estaba en las esquinas, ante la curiosidad de unos y la indiferencia de otros. ¡Y era mi nombre!... Eso, tan mío, puesto así, para que todos se sirvan de él! Y esto, que a otros daría tanta alegría, a mí me dió una pena profundísima. Era como si dejara de ser yo. Como si dentro mío se desdoblara una segunda persona, enemiga mía, para burlarse de mi timidez desde todos esos cartelones. Es una cosa que no puedo evitar, que no puedo evitar, amigo mío!...

POR José R. Luna

ILUSTRACION DE Pedro de Rojas,

Nuevas Aventuras del Capitán y sus Dos Sobrinos, por Dirks









LA EXPEDICIÓN PUNITIVA









VESTIDOS A LA MODA









CONTINUAN LOS CHILLIDOS











EL PONCHO BAYO

POR

Patricio Lynch Pueyrredón

ILUSTRACION DE RECHAIN

EN medio de la noche se veía una luz. Hacia ella, por los caminos que sólo los conocedores del lugar podían hallar en las sombras, iban los paisanos, separados o en grupos, al tranco de sus caballos. No había apuro. El finado que a nocheriego no hubo quien le igualara, y que no dejó rancho al que no llegó, sobre todo si en él había mujeres bonitas; esperaba ahora aquietado para siempre que todos a la vez le pagaran tanta visita.

Poco a poco llegaban parientes, amigos, conocidos y hasta desconocidos que habían oído decir que esa noche había velorio. Ataban los fletes en los palenques o los maneaban dejándolos rienda arriba frente al largo rancho del cual salía un monótono rumor de voces. De cuando en cuando se detenía también entre los caballos de los jinetes algún sulky o carrito cargado de mujeres y chicos dormidos ya algunos en brazos de sus madres.

Todos desfilaban por la pieza en la que habían colocado al muerto, tendido en una mesa, vestido con una camisa blanca y cubierto hasta los hombros con un poncho claro, de vicuña, que comenzaba a mancharse de sangre en la parte superior del lado izquierdo, a la altura del corazón. Y los ojos de los viejos y los mozos se detenían por igual, largamente, en la cara empalidecida del cadáver y en aquella mortaja gaucha. Era el poncho bayo de los Bella Vista, la famosa prenda de don Tiburcio "Mano Larga" llamado más comunmente, sin duda por lo ligero en contestar con el fierro a la menor provocación. Cuando Agapito, su nieto, lo alzó sacándolo de la vieja cómoda en que descansaba entre hojas de trébol de olor, le contó treinta y ocho zurcidos hechos por manos femeninas a lo largo de los tajos recibidos al parar en el aire el filo de quién sabe cuánta hoja diferente; y exclamó:

—Por poco se queda sin ponchu'el viejo. ¡Ah tigre!

Su padre, un hombre tranquilo, porque esa era la característica familiar: en una generación un cuchillero, y en otra un varón sereno, le observó:

—Tené cuidau, muchacho.

Y éste, sonriéndole el alma agalluda en los labios insolentes y echándosele para atrás hasta en el ala quebrada del chambergo:

—Cuidau... tendrán que tener loj otroj, tata — respondió.

"Que sea lo que Dios quiera", pensó el viejo y se quedó mirando la huella ensangrentada de un recuerdo. Cinco años después vió que le llevaban el hijo, recostado en un amigo, sangoloteando sus miembros laxos con el movimiento de un birloche atado en cuya culata seguía al trote el oscuro del muchacho, llevando en el recado, en los tientos de la grupa, el poncho bayo jugando un puñado de sus flecos sobre la paleta del lado del lazo. No tuvo necesidad de preguntar qué había pasado. Colgó sus manos del travesaño del alero y aguardó. Las mujeres metieron bulla y se deshicieron en lágrimas. Sus hijos menores soltaron el dolor a lo macho, en interjeciones brutales y preguntaban quién había muerto al hermano para cobrarle su vida. De repente, él terminó:

—Güeno. Basta.

Entonces todo fué ir y venir y cumplir órdenes para disponer todo lo necesario para el velorio. Con sus propias manos extendió el poncho sobre el cadáver del hijo. Contó los zurcidos: el doble de los que tenía cuando Agapito comenzó a usarlo. Sujetó un sollozo en la garganta. Salió al patio componiéndose el pecho. Rodeó el rancho y se perdió detrás de las trojes. Los que lo vieron lo dejaron solo.

A la orilla de la mesa y a los costados del cuerpo, ardían cuatro grandes velas benditas lagrimeando estearina. Sentadas junto a las paredes de la pieza, las mujeres conversaban en voz queda y con los ojos bajos. Las más jóvenes miraban curiosamente a los hombres que entraban, se acercaban al muerto, lo observaban un instante mientras daban vuelta los sombreros en sus manos torpes y nerviosas, para salir luego en silencio, aventurando a veces una mirada hacia ellas, como buscando una entre todas. La gringa Yolanda, delgada como un tallo de álamo y elegante como una garza blanca, llamaba la atención de todos con su actitud asombrada, ante el cuerpo inmóvil del criollo a quien sus veinte años enteros habían amado precisamente por aquella vitalidad alegre y retozona que parecía anunciarlo desde lejos, como el sonido de un cencerro de plata. Ella lo había esperado apoyada en la tranquera los días en que él pasaba hacia el rancho de los Lucena, donde había tres muchachas morenas con ojos de gatas y andar ágil, seguro y airoso de yeguas jóvenes. Y él, al pasar, envolviéndola en una mirada golosa, le dejaba caer por inexplicable contradicción, palabras aladas y serenas que a ella se le antojaban bandadas de flamencos rosados volando hasta perderse en lejanos celajes cambiantes.

—¿Por qué no viene a casa? — le preguntó una vez —. Nosotros también tenemos yerba.

¿—Sí? ¡Quién sabe!

—Bueno. Venga y verá.

Habiendo tenido un instante de vacilación, se recobró para responder:

—No, rubia. Gracias.

—¿Y por qué? — insistió ella en la tenacidad de su amor.

—Porque si mi'abajo, a lo mejor me quedu'a dormir, linda.

Y dando vuelta el caballo se alejó al trotecito, tarareando una canción, porque si era cierto que algo muy fuerte lo tiraba hacia la gringa, no era menos verdad que su corazón baqueano, se sabía sentar a tiempo y a pesar de tener el lazo de las guampas, rondaba evitando el cimbronazo.

Sin embargo, todos los días tuvo que ir a lo de Lucena, a la caída del sol; y, cosa rara, nunca llegó hasta allí. Yolanda lo esperaba en la tranquera.

Era el mayor de todos y como tal trabajaba durante el día sin darle descanso al cuerpo. Al volver a las casas sólo lo hacía para empilcharse de paseo y cambiar caballo. Después rumbeaba para el lado de la última querencia de su corazón blandito. Se alejaba al galope mientras las puntas del pañuelo se le agitaban en la espalda como diciendo adiós. Así había salido aquel día de fiesta que terminó en duelo. Era que la fama ya le andaba estorbando demasiado. Ni bien se apeaba en un rancho comenzaba ella a divulgar el hecho a gritos, a lo lechuza. Así fué como el padre y el primo de Yolanda, después de haber perdido un partido a las bochas y haber tenido que pagar el vino para varios paisanos más sedientos que unos médanos, la fama por boca de éstos, comenzó:

—Ché, Mariano — había preguntado un muchacho bombachudo, de gorra vasca, ordeñador del tambo de los Lucena y que por eso debía estar enterado de algo: ¿Bos sabés ande'stará'Gapito?

—¡Bah!... Dende que se ganó al ranchu'e los Basile, no lo quem'el sol.

—¿Endeberah, ché? Entonce tampoco berá lah estreyah.

—Eh, la purita berdá; pe-ru'el perro tiene soga ya y cualquier día bamoh al casamiento.

—Yo no creo qui-Agapito haya mordidu-el ansuelo. Sorro biejo, sabe and'está la puert' y hiá sebau con carnesit'e gayina. Habrá' blau de casamiento, pero diá a l'otro...

Y entre los comentarios de los criollos, el viejo Basile y el sobrino que desde su llegada de Italia no sólo había pensado en agachar el lomo sobre la tierra, reunir unos pesos y pedir a su tío que lo hiciera casarse con Yolanda; subieron al carrito y agarraron al trote largo para el lado de la chacra, dispuestos a acabar con el tal Agapito, porque para ello tenían razones diferentes.

—Ni susto leh há pegar el otro.

—¡Quién sabe! Parese que se lo ban a comer.

—Con el primer bocau si-atoran. Bamoh a ber lo que pasa.

Así lo hicieron y como el sol estaba alto todavía, alcanzaron a ver que el carrito se detenía frente al rancho, cerca del cual estaba maneado el oscuro de Agapito que los observaba parando las orejas, mientras el poncho bayo sobre el recado, batido por el viento de la tarde, parecía un ala en actitud de volar. Vieron cómo el primo de Yolanda, saltaba del carrito aun en movimiento, y entraba corriendo por una de las puertas del rancho para salir en seguida por otra, como alma que lleva el diablo, seguido de Agapito, y hasta oyeron el grito de éste:

—¡Cuidau con loh alambreh!

Soltaron una carcajada de felicidad ante este triunfo fácil del criollo que en cierto modo y aunque más de uno lo quisiera realmente, no podía menos de enorgullecerlo. Y estaban llegando ya cuando vieron que el viejo Basile, que se había armado de una escopeta, se la echaba a la cara como para quemar de un tiro al paisano, a quien inmediatamente cubría con su cuerpo Yolanda, lo cual produjo un segundo de indecisión en el tano, instante que fué aprovechado — cuando no — por Agapito, ligero para tomar ventaja como buen criollo, saltó sobre el viejo amagando un revés con el cabo del rebenque, lo que hizo que Basile diera media vuelta como un trompo y tomara campo afuera, pidiendo perdón a gritos, mientras Agapito le pisaba los talones; y entre un tropel de botas y de tamangos se oyó que el muchacho gritaba:

—¡Paresé, biejo, que no le bi'aser nada!

Y en una de esas en que le tiró un manotón como a cazarlo por fin, y se le zafó, vieron que Basile tropezaba, caía al suelo y sonaba una detonación. Tras ella, ante el asombro de todos, Agapito se desplomaba sobre el pasto. Yolanda se abalanzó corriendo, furiosa, gritando como una loca sobre su hombre muerto por su padre. La pena furiosa que le acometió la arrojó sobre el padre que aun empuñaba la escopeta, de la cual forcejeaba Yolanda para arrebatársela con intenciones siniestras.

Rezaban hincadas las mujeres por el alma inquieta del finado. En su imaginación veían sin duda galopar por el recuerdo a las siluetas de todos los gauchos diablones que hacía tiempo dormían bajo tierra. Rezaban las mozas pensando en si sería cierto que aquella boca engañosa y charlatana del muchacho, no iría a mentir amor por otros pagos, y los paisanos que se agrupaban en la puerta pensaban en el destino triste de aquella cabeza tan gallarda y tan altiva y de aquel cuerpo tan fuerte y tan ágil en el trabajo y en la pelea, abatidos para siempre por un tiro de escopeta que no habían querido hacerle.

Y hasta la cocina amplia y acogedora llegaba el murmullo de los rezos. Entonces el padre del finadito, terminó con estas palabras, la historia del poncho bayo:

—Por eso. Por la bista ligerasa, al padre de mi agüelo se le yamó como nohotroh noh nombramoh. Mi tata al morir, blejo y peliador comu-él sólo, agarrándose el vacío, ande biá-ido a salirle la punta del facón que le clabaron di-atráh, me dijo, con l'última boquiada: este ponchu-es pal cachorro (ya era nacidu-Agapito). Ha'e salir de lay. Pero desile que nunca, entendeme, nunca, cuando lo tir'el cuchiyo lu'e dejar olbidau. Por eso me cortaron en loh brasos y por eso leh di tiempu-a que me cuadriyaran. El verme sangre me segó, y se me vinieron como perros. Di-haber tenido mi ponchu-a mano, otro gayo les cantara.

Tras una pausa el viejo prosiguió:

—Si el muchach'hubiera yebau el bayo con él, de seguro que la patera se debiaba en la bicuña — dijo —, y se levantó componiéndose el pecho sonoramente, mientras salía hacia el corral con un pretexto cualquiera. Las rezadoras volvían a murmurar sus oraciones. Y todos enmudecieron. Sus cabezas se inclinaron y sus miradas se fijaron en el suelo. El silencio fué tal que se oía el zumbido de las moscas en la totora del techo ennegrecido de humo. Pareció que una quietud extraña se apoderaba de todas aquellas gentes, sanas, fuertes y sencillas para quienes la vida giraba al parecer sólo alrededor de las cosas materiales y agradables. Hasta el sueño de los cuatro chiquilines que dormían tirados en unos cojinillos, en un rincón, sufrió una inexplicable agitación repentina.

—Eh el rosario... — dijo en voz baja uno, como respondiendo a una pregunta que todos habían oído formulada por alguien a quien nadie había visto.

—Ahá.

—Lo qu'eh la bida.

Un gaucho de veras, con la frente alta y la voz grave y pausada que dan los años y la paz interior, comentó:

—Yo digo que la bid'eh a la beses com'un laso que sanito y todo bien engrasau y qui-ha silbau en el aire tanto comu-el biento mesmo; se aprieta cualquier día en el cogote di-un bagual, lo deja disparar, y al sacudirlo contra'el suelo, justo en el momento del tirón... se corta.

—Así eh. Tiene rasón.

Después de un corto silencio, habló un mocito jactancioso:

—La bid'el hombre, don... porque la de la mujer nu-es lo mehmo.

—No, señor... No. La bid'este muchacho, digo, que benimos a belar... ¿Por si acaso le paresi-a usté qu'era como la de lah hermanah? No disen lo mesmo loh que lu-han topau cuandu-hasía la pat'ancha.

Otro más se despachó aún sobre el mismo tema. Era un hombre maduro, desconocido en el pago, de larga melena, ojos de soñador y boca triste:

—Yo digo que la bid'es com'un campo yano, verdeando por todas partes y por todas partes pintau de trébol, de verbena y flor morada; por el qu'eh un gusto galopiar con una cansión en los labios.... Y el paisano se siente dueñu'e todo y empina la cabeza sobre loh hombroh y crai qu'en su pecho dentra toditu-el air'el campo.

—¡Sierto!

—Pero lo qui-uno no sab'eh ande, abaju-e qué manta florida ha ehtar el hormiguero o la cueba en qu'el flete ha'e meter la manu-hast'el brasuelo, pa bolcarse por sobr'el tuse... Y no siempr'el paisanu-ha'e ser tan gaucho como pa una parada, y entonseh... la bida lu-aprieta hasta la cabesa, lo castiga con l'anca y en el pecho qui-un momentu-anteh dentraba'galopiar retosandu-el aire, ba saliendo dispacito, apretau en loh ultimoh resueyoh, como si el destinau alargara l'agonía abriendo loh ojoh grandeh como mirandu-el infierno, o asombrauh ¿y por qué no?, por l'hermosura imponente d'ese gran silencio eterno que debi-haber mah ayá...

La emoción apretaba el corazón de las mujeres presentes. Los hombres más duros tenían un gesto tierno en los rostros curtidos. Y el que así había hablado, permanecía con los codos afirmados en las rodillas, los ojos llenos de inmensidad, y en sus labios temblaba aún su última palabra.

Amanecía. En la pieza en que estaba el cadáver cuya faz se tornaba por momentos violácea sobre los pómulos, los cuatro velones lloraban estearina ante los tajos del poncho que su dueño ya no podría abandonar, para no encontrar el mal en el camino sin fin. Las mujeres epilogaban el último rezo con un apagado murmullo. Yolanda continuaba quemándose en las llamas de pasión y de dolor en que ardían sus místicos ojos de color cielo, silenciosamente.

Desde la lejanía opalina de los campos llegaba el estridente grito de los teros. El chingolo silbaba agujereando la fresca carne de la mañana. Y un hornero saludaba con su metálica diana triunfal a una pareja joven que llegaba sigilosamente del lado del maizal: el hombre pisaba con gallardía. Su compañera, en cuyas negras crenchas parecía haberse refugiado la noche, tenía en las ojeras el tinte lila de ese minuto de aurora que ya rozaba la frente y en sus trenzas aún temblaban gotas de rocío.

Museo de la Confusión

Un gráfico noticioso, aprovechando el despeñamiento de cierto malogrado alpinista, se dedicó a descubrir los entretelones de algunos deudos ligados fuertemente al pésame ábrete. He aquí los informes:

El 4 de noviembre de 1926 contrajo enlace con la princesa Astrid de Suecia, hija del duque de Vaestergietland y de una sobrina del rey Gustavo. La ceremonia se realizó en la sala del trono del palacio real de Estocolmo.

Algunas líneas más abajo, agrega:

El matrimonio tuvo una primera hija el 11 de noviembre de 1917.

Este sistema de reproducción con efecto retroactivo no es de los más convenientes por las graves complicaciones que suele traer aparejadas. Se puede dar el caso, de persistir este principesco casal en la anomalía apuntada, que se le aparezcan derivados o descendientes de otras edades, así, primogénitos de la edad de piedra con pierna de palo, de la edad de oro con ojo de vidrio o aberraciones aun más deleznables, como ser extraños casos de ojo de palo y pierna de vidrio, visibles en benjamines y mayorazgos de épocas poco diferenciadas. Por lo que antecede se deduce que es preferible la superproducción de mamíferos pasado meridiano, eludiendo, claro, algunos extremos, como aumentar la familia en artículo mortis o póstumo, evitando que la sociedad conyugal sea rápidamente disuelta por asociación ilícita.

*

En cierta revista magazinesca, aparece semanalmente una sección de avisos, titulada Guía Matrimonial, en la cual se advierten algunos pedidos interesantes. Veamos:

B. 252. — Señorita joven y linda, perteneciente a familia distinguidísima, con bienes propios de fortuna que administran mis padres, 26 años, elegantísima en el vestir, figura muy interesante, silueta fina y moderna, ojos grandes, rasgados, cabello oscuro, ondulado, casaríase con señor que pudiera acreditar parecidas condiciones espirituales.

Que las condiciones espirituales del oponente han de estar representadas por un par de botines Hannan, una peluca, una partida de nacimiento, una escafandra usada con su tope de aluminio, un contorno cubista, tres pesos moneda nacional y un restaurant en Barracas, no lo duda nadie, salvo la intelectual y despreocupada casamentera.

B. 327 — Extranjero, de 26 años de edad, descendiente de una familia noble y de jerarquía militar, solo en el país, practica automovilismo, natación, tennis, baile, patinaje, equitación, desea casarse con señorita de sus condiciones y buena situación económica.

Encuentro perfectamente bien que una persona, aunque sea descendiente exclusiva de cabos rancheros, trompas de órdenes, imaginarias, centinelas alerta, desertores y chinas cuarteleras, desee casarse, pero me parece poco prudente busque una compañera de sus mismas condiciones, es decir, que practique el naufragio, el sky, el neumático, el galope corto, el saque y la Academia o el Peringundín, sin antes aclarar en qué momentos se ha de hacer alarde de estos ejercicios. A lo mejor no sincronizan y en medio de un baile, a la gentil esposa le da por practicar equitación o se pone a inflar neumáticos en una cancha de tennis, a saltar obstáculos en una piscina, a nadar en un garage, a patinar en un cuartel, a romper la raqueta contra un surtidor o a llenar la fusta de nafta ante el asombro y las críticas de palafreneros, chauffeurs, pelotaris, peces exóticos, bailarines, patinadores y archivistas distribuidos estratégicamente.

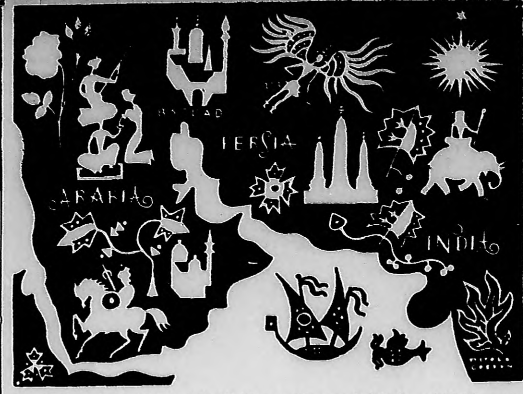
Otro avisito. Este pertenece a una viuda estanciera, con cierto capital y un hijo de tres años. Dice:

Bien conservada gracias a los cuidados con que ha atendido su persona, de carácter dulce, honestísima y acrisolada moral, desea conocer señor, preferiblemente argentino, que sea un segundo padre para su niño.

El único peligro que yo le veo a este segundo padre es que podría suceder que a esta doble paternidad le sigan después otras no menos justificadas y se vea en la obligación de convertirse en un tercer abuelo de un quinto nieto, en un cuarto patriarca de una octava tribu o en un décimo vecchio genitore de una pandilla de orejanos de distinto pelo.

Anímula Vágula

Las 1001 noches



EN Trieste, en 1872, en un palacio con estatuas húmedas y obras de salubridad deficientes, un caballero con la cara historiada por una cicatriz africana — el capitán Sir Richard Francis Burton, cónsul inglés — emprendió una gloriosa traducción del *Quitab alif laila ua laila*, libro que los rumíes llaman también de las 1001 noches. Uno de los queridos fines de su trabajo era la aniquilación de otro caballero (también de barba tenebrosa de moro, también curtido) que estaba compilando en Inglaterra un vasto diccionario, y que murió mucho antes de ser aniquilado por Burton. Ese era Eduardo Lane, el orientalista, autor de una versión harto escrupulosa de las 1001 noches, que había suplantado a otra de Galland. Lane tradujo contra Galland, Burton contra Lane; para entender a Burton hay que entender esa dinastía enemiga.

Empiezo por el fundador. Es sabido que Jean Antoine Galland era un arabista francés que trajo de Estambul una paciente colección de monedas, una monografía sobre la difusión del café, un ejemplar arábigo de las Noches y un maronita suplementario, de memoria no menos inspirada que la de Xahrazad. A ese oscuro asesor — de cuyo nombre no quiero olvidarme, y dicen que es Hanna — debemos ciertos cuentos fundamentales, que el original no conoce: el de Aladino, el de los Cuarenta Ladrones, el del príncipe Ahmad y el hada Parí Banú, el de Abulhasán el dormido despierto, el de la aventura nocturna de Harún Arraxid, el de las dos hermanas envidiosas de la hermana menor. Basta la sola enumeración de esos nombres para evidenciar que Galland establece un cánon, incorporando historias que hará indispensables el tiempo y que los traductores venideros, — sus enemigos — no se atreverán a omitir.

Palabra por palabra, la versión de Galland es la peor escrita de todas, la más embustera y más débil, pero fué la mejor leída. Quienes intimaron con ella, conocieron la felicidad y el asombro. Su orientalismo, que ahora nos parece frugal, encandiló a cuantos aspiraban rapé y meditaban una tragedia en cinco actos. Doce primorosos volúmenes aparecieron de 1704 a 1717, doce volúmenes innumerablemente leídos y que pasaron a diversos idiomas — inclusos el hindustani y el árabe. Nosotros, meros lectores anacrónicos del siglo veinte, percibimos en ellos el sabor dulzarrón del siglo dieciocho y no el desvanecido aroma oriental, que hace doscientos años determinó su innovación y su gloria. nadie tiene la culpa del desencuentro y menos que nadie. Galland. Alguna vez, los cambios del idioma lo perjudican. En el prefacio de una traducción alemana de las 1001 noches, el doctor Weil estampó que los mercaderes del imperdonable Galland se arman de una "valija con dátiles", cada vez que la historia los obliga a cruzar el desierto. Podría argumentarse que por 1710, la mención de los dátiles bastaba para borrar la imagen de la valija, pero es innecesario: *valise*, entonces, era una subclase de *alforja*.

Hay otras agresiones. En cierto panegírico atolondrado que sobrevive en los *Morceaux choisis* de 1921, André Gide vitupera las licencias de Antoine Galland, para mejor honrar (con un candor del todo superior a su reputación) la literalidad de Mardrus, tan *"fin de siècle"* como aquel es siglo dieciocho, y mucho más infiel.

A noventa años de la muerte de Antoine Galland, nace un diverso traductor de las Noches: Eduardo Lane. Sus biógrafos no dejan de repetir que es hijo del doctor Theophilus Lane, prebendado de Hereford. Ese dato genésico (y la terrible forma que evoca) es tal vez suficiente. Cinco estudiosos años vivió el arabizado Lane en El Cairo, "casi exclusivamente entre musulmanes, hablando y escuchando su idioma, conformándose a sus costumbres con el más perfecto cuidado y recibido por todos ellos como un igual". Sin embargo, ni las altas noches egipcias, ni el opulento y negro café con semilla de cardamomo, ni la frecuente discusión literaria con los doctores de la ley ni el venerado turbante de muselina, ni el comer con los dedos, le hicieron olvidar una prohibición del reverendo Teófilo: *No usar malas palabras*. De ahí que su versión eruditísima de las Noches sea (o parezca ser) una mera enciclopedia de subterfugios. El original no es profesionalmente obsceno; Galland corrige las torpezas ocasionales por creerlas de mal gusto. Lane las rebuzca y las persigue como un inquisidor. Su probidad no pacta con el silencio: prefiere un alarmado coro griego de notas en un apretado cuerpo menor, que murmuran cosas como éstas: *Paso por alto un episodio de lo más reprensible, suprimo una explicación repugnante, aquí una línea demasiado grosera para la traducción, suprimo necesariamente otra anécdota, desde aquí doy curso a las omisiones, aquí la historia del esclavo Bujait, del todo inapta para ser traducida*. La mutilación no excluye la muerte: hay cuentos rechazados íntegramente "porque no pueden ser purificados sin destrucción". Ese repudio responsable y total no me parece ilógico: el subterfugio puritano es lo que condeno. Lane es un virtuoso del subterfugio, un indudable precursor de los pudores más extraños de Hollywood. Mis notas me suministran un par de ejemplos. En la noche 391, un pescador le presenta un pez al rey de los reyes y éste quiere saber si es macho o hembra y le dicen que las dos cosas. Lane consigue aplacar ese improcedente coloquio, traduciendo que el rey ha preguntado de qué especie es el animal y que el astuto pescador le responde que es de una especie mixta. En la noche 217, se habla de un rey con dos mujeres, que yacía una noche con la primera y la noche siguiente con la segunda, y así fueron dichosos. Lane dilucida la ventura de ese monarca, diciendo que trataba a sus mujeres "con imparcialidad"... Una razón es que destinaba su obra "a la mesita de la sala", centro de la lectura sin alarmas y de la recatada conversación.

Basta la más oblicua y pasajera alusión carnal para que Lane olvide su honor y abunde en torceduras y ocultaciones. No hay otra falta en él. Sin el contacto peculiar de esa tentación, Lane es de una admirable veracidad. Carece de propósitos, lo cual es una positiva ventaja. No se propone destacar el colorido bárbaro de las Noches, como el capitán Burton, ni tampoco olvidarlo y atenuarlo, como Galland. Este domesticaba a sus árabes, para que no desentonaran irreparablemente en París: Lane es minuciosamente agareno. Este, ignoraba toda precisión literal; Lane justifica su intelección de cada palabra dudosa. Este, invocaba un manuscrito invisible y un maronita muerto; Lane suministra la edición y la página. Este no se cuidaba de notas; Lane acumula un caos de aclaraciones que, organizadas, integran un volumen independiente. Diferir: tal es la norma que le impone su precursor. Lane cumplirá con ella: le bastará no compendiar el original.

La hermosa discusión Newman-Arnold (1861-62), más memorable que sus dos interlocutores, ha razonado extensamente las dos maneras generales de traducir. Newman vindicó en ella al modo literal, la retención de todas las singularidades verbales; Arnold, la severa eliminación de los detalles que distraen o detienen. Esta conducta puede suministrar los agrados de la uniformidad y la gravedad; aquélla, de los continuos y pequeños asombros. Ambas son menos importantes que el traductor y que sus hábitos literarios. Traducir el espíritu es una intención tan enorme y tan fantasmal que bien puede quedar como inofensiva; traducir la letra, una precisión tan extravagante que no hay riesgo de que la prueben. Más grave que esos infinitos propósitos es la conservación o supresión de ciertos pormenores; más grave que esas preferencias y olvidos, es el movimiento sintáctico. El de Lane es ameno, según conviene a la distinguida mesita. En su vocabulario, es común reprender una demasía de palabras latinas, no rescatadas por ningún artificio de brevedad. Es distraído: en la página liminar de su traducción pone el adjetivo *romántico*, lo cual es una especie de futurismo, en una boca musulmana y barbada del siglo doce. Alguna vez la falta de sensibilidad le es propicia, pues le permite la interpolación de voces muy llanas en un párrafo noble, con involuntario buen éxito. El ejemplo más rico de esa cooperación de palabras heterogéneas, debe ser este que traslado: *And in this palace is the last information respecting lords collected in the dust*. Otro puede ser esta invocación: *Por el viviente que no muere ni ha de morir, por el nombre de Aquél a quien pertenecen la gloria y la permanencia*. En Burton —ocasional precursor del siempre fabuloso Mardrus — yo sospecharía de fórmulas tan satisfactoriamente orientales; en Lane escasean tanto que debo suponerlas involuntarias, vale decir genuinas.

El escandaloso decoro de las versiones de Galland y de Lane ha provocado un género de burlas que es tradicional repetir. Yo mismo no he faltado a esa tradición. Es muy sabido que no cumplieron con el desventurado que vió la Noche del Poder, con las imprecaciones de un basurero del siglo trece defraudado por un derviche y con los pasatiempos de Gide. Es muy sabido que desinfectaron las Noches.

Los detractores argumentan que ese proceso aniquila o lastima la buena ingenuidad del original. Están en un error: el *Libro de mil y una noches* no es (moralmente) ingenuo: es una adaptación de antiguas historias al gusto aplebeyado, o soez, de las clases medias de El Cairo. Salvo en los cuentos ejemplares del *Sendebar*, los impudores de las 1001 noches nada tienen que ver con la libertad del estado paradisiaco. Son especulaciones del editor: su objeto es una risotada, sus héroes nunca pasan de changadores, de mendigos o eunucos. Las antiguas historias amorosas del repertorio, las que refieren casos del Desierto o de las ciudades de Arabia, no son obscenas, como no lo es ninguna producción de la literatura preislámica. Son apasionadas y tristes, y uno de los motivos que prefieren es la muerte de amor, esa muerte que un juicio de los ulemas ha declarado no menos santa que la del mártir que atestigua la fe... Si aprobamos ese argumento las timideces de Galland y de Lane nos pueden parecer restituciones de una redacción primitiva.

Sé de otro alegato mejor. Eludir las oportunidades eróticas del original, no es una culpa de las que el *Señor* no perdona, cuando lo primordial es destacar el ambiente mágico. Proponer a los hombres un nuevo Decamerón es una operación comercial como tantas otras; proponerles un *Ancient mariner* o un *Bateau ivre*, ya merece otro cielo. Littmann observa que las 1001 noches es, más que nada, un repertorio de maravillas. La imposición universal de ese parecer en todas las mentes occidentales, es obra de Galland. Que ello no quede en duda. Menos felices que nosotros, los árabes dicen tener en poco el original: ya conocen los hombres, las costumbres, los talismanes, los desiertos y los demonios que esas historias nos revelan.

JORGE LUIS BORGES

ILUSTRACION DE GUIDO

Stavisky

ESTA perfectamente establecido hoy en día que Stavisky, el rey de los granujas, poseía un carnet policial y que estaba a las órdenes del Departamento de Policía, en calidad de delator. He aquí el secreto de que este tramposo manifiesto, a quien el juego le había sido prohibido, exigiera con toda seguridad ser admitido en los casinos más distinguidos.

Pero, esclarecido este pequeño misterio, queda otro, del cual uno se puede preguntar, tan capital es, si será nunca esclarecido: ¿por qué Stavisky enviado a la cárcel con prisión preventiva el 28 de julio de 1926, puesto en libertad, bajo caución de 50.000 francos, el 22 de diciembre de 1927, vuelto a enviar ante la 13a. Cámara Correccional a principios del año siguiente, no había sido juzgado hasta final de 1933? Ciertamente no debemos olvidar que a su salida de la prisión su primer cuidado fué el de ir a ofrecer sus servicios al policía que lo había detenido. No olvidamos tampoco la preocupación que Stavisky tenía de elegir sus abogados entre los parlamentarios más influyentes, tales como René Renoult, antiguo guardasellos y André Hesse, ayer no más vicepresidente de la Cámara. Pero si en rigor esto nos ayuda a comprender que el juicio haya podido ser postergado diecinueve veces con la simple presentación de certificados médicos, firmados por las más grandes celebridades, no nos aclara este dilema: ¿Si el prevenido era en realidad un delirante, un maniático, cómo pudo escapar, desde su salida de la prisión, al sanatorio donde su internamiento se imponía? Porque de estas dos cosas hay que elegir una: O bien, como lo han afirmado sucesivamente el doctor Paul y los profesores Marie, Claude y Vachet, este hombre no podía ser mantenido en prisión porque irresponsable, específico, paralítico general, en el estado de delirio de grandezas que precede al desenlace necesitaba ser atendido o bien su estado no era el descripto y debía estar encarcelado. Nosotros querríamos saber, por otra parte, ¿cómo este alienado al que no se interna, este prevenido que no está en prisión, ha podido indefinidamente hacer postergar su proceso y continuar cómodamente barajando millones, en tanto que en el corto lapso de tiempo de los últimos nueve meses once requisitorias circunstanciadas habían sido presentadas contra él por magistrados como Fontaine, Barthelemy y Pachot, sin que se les hiciera el menor caso? ¿Sería porque estas acusaciones eran detenidas en la mitad de su trámite?

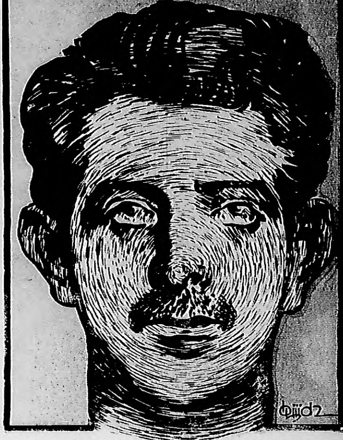
¿Por quién, entonces?

Si no se hubiera tratado más que de un litigio sin importancia todo se explicaría. Pero se trataba, en un principio, de seis millones de francos. Gracias a algunos hombres flexibles, Stavisky había logrado estafar a Laforcade, agente de cambios, en 3.359.166 francos; a Labbé, igualmente agente de cambios, en 865.890 francos; al Banco Especial de Crédito en francos 1.102.540; a la Banca Nacional en 1.571.024 francos. Stavisky no ignoraba que los Bancos y agentes de cambio detestan el que se haga publicidad en torno de sus fracasos o equivocaciones. Ha podido aprovecharse de su deseo de silencio, proponiéndoles un arreglo amigable siempre diferido, pero que tal vez tenía la intención de hacer algún día.

A pesar de todo ello, los cuatro presidentes: Hourtoule, Mercier, Roré y Aveillé; los cinco substitutos: Fillaire, Sée, Balmary, Hurlaux y Bevin, que se sucedieron desde 1926 en la 13a. Cámara Correccional ¿cómo podían ignorar qué bandido, qué aventurero peligroso dejaban en actividad? En último término, ¿en octubre de 1933, el proceso había sido postergado hasta el 2i de enero de 1934? En esa fecha ¿hubiera sido dilatado una vez más?

Es ya tiempo de concluir con la gran excusa invocada por todos aquellos que fueron amigos, comensales o cómplices de Stavisky. Sin exageración se puede afirmar que era imposible, absolutamente imposible, ignorar que el brillante Alejandro no hacía más que uno con el condenado tres veces, estafador conocido, sobre el cual todos los Bancos, todas las compañías de seguros, todos los ministerios, poseían fichas elocuentes y tanto menos confidenciales cuanto que, a cada nueva maniobra, Alejandro era puesto de oro y azul y descubierto por los periódicos pequeños y los chantagistas. Aun admitiendo que se haya podido ignorar la identidad verdadera de Alejandro, al principio, a partir del escándalo del Crédito Municipal de Orleans, nadie podía abrigar dudas sobre el particular. No sólo bastaba saber que era Alejandro para estar seguro de que un asunto en el que él se ocupaba era una granujería, sino que, desde el fin de 1932, la prueba de que las operaciones del Crédito Municipal de Bayona no eran regulares resultaba fácil de obtener, comparando el balance de este establecimiento, que acusaba una emisión normal de 24 millones de bonos, con el de las grandes compañías, que daban como cifra de circulación de estos bonos la de 78 millones. "El Diario de la Bolsa" hubiera podido señalar ruidosamente esta anomalía, el 29 de julio de 1933, sin conseguir abrir los ojos de los que no querían ver, sobre todo en los ministerios interesados. ¿Cómo es que, en estas condiciones, se explica el hecho de que las verificaciones de los inspectores de finanzas en diciembre de 1931 y septiembre de 1932 no hayan encontrado nada anormal, mientras el ministro de Finanzas ha declarado que la cancillería había sido advertida del escándalo por la receptoría de Bayona, en junio de 1933?

Es que los libros de Tissier estaban perfectamente en orden. A la vez director, dactilógrafo,



cajero y vendedor de bonos, Tissier era el único capaz de revelar los secretos y trucos de su contabilidad. Ha sido necesaria la paciencia y conciencia de un modesto receptor de Rentas, Sadron, para desenmascararlo. Este funcionario se presentó con un bono puesto en circulación en París por una suma considerable, en tanto que el talón, en el Crédito Municipal de Bayona, sólo indicaba unos pocos francos. Además, Tissier disponía de carnets firmados en blanco por Piet, aquel extraño control de caja, y se sabía defendido contra viento y marea por su director Garat.

Hoy el diputado alcalde juega a la buena fe sorprendida. Este rol ingenuo no le va bien al hombre que no temía organizar, por ejemplo, aquel singular negocio de Arenas y cuyo amigo Martinet, presidente del consejo de administración de su diario "El Sudoeste", le había precedido unos pocos días en la cárcel, enviado por estafa calificada y abuso de confianza.

No, aquellos que no querían mezclarse en asuntos deshonestos no han podido ser engañados por Stavisky. Ni en Bruselas en 1930, cuando el estafador quiso establecer un negocio de tierras en la ciudad, ni los madrileños en 1932, cuando Stavisky soñaba con "financiar" la reforma agraria, ni el antiguo director de Seguros Sociales, Charles Tissot, por no citar más que algunos casos al azar, se dejaron deslumbrar por la facundia del aventurero, ni por las bellas relaciones políticas de que siempre se jactaba.

Cuando Stavisky entró en relaciones, gracias a Bonnaure, diputado de París, con los magnates húngaros, éstos sabían muy bien de qué se trataba.

Stavisky era el hombre que hacía falta a los nobles magyares, celosos de servir, al mismo tiempo que la política de su país, sus propios asuntos. El plan de este consorcio de altos y poderosos señores era el de crear una atmósfera favorable a sus reivindicaciones territoriales, divirtiendo a París y untando las manos de los periodistas y policías. Se trataba de agitar el espejismo de las posibilidades ofrecidas por las operaciones a hacer, descontando los derechos reconocidos de los optantes. Derechos reconocidos, derechos reales, si se les considera en bloc, pero que, tomados individualmente, están sometidos aún al examen y apreciación del Tribunal Internacional de La Haya y de ninguna manera establecidos de derecho y, por tanto, todavía no negociables.

Esos famosos derechos a venir se dice que algunos grandes propietarios no han tenido empacho de venderlos sucesivamente hasta tres veces. En todo caso su total ascendería a un millón de coronas. Los del Comité Jules Haroly, por citar un ejemplo, en particular, en que se ocupaba Bonnaure, abogado-diputado. Stavisky, presentado por él, emprendió la empresa de rescatar esos derechos, ofreciendo el 20 o/o de su valor. Los fondos necesarios para esta operación, los encontró, en parte, en la caja de uno de los más grandes establecimientos de crédito franceses. Fué necesario que encontrara el complemento en Bayona. La famosa Caja Autónoma, de la cual Stavisky aparentaba ser un simple corredor y en cuyo Consejo administrativo uno se asombra de encontrar hombres como Fontenay, embajador de Francia y Ceccaldi, antiguo prefecto de policía, había sido fundada con el objeto de lanzar, ocho días después de su nacimiento, un empréstito de quinientos millones de francos, destinados a financiar la operación proyectada por Stavisky o aquellos que lo tenían de testaferro.

Los prospectos de la Caja Autónoma habían puesto en guardia al ministro de Finanzas, Bonnet, el cual se había tomado el trabajo de advertir, de acuerdo con el Ministerio de Relaciones Exteriores, a las personalidades del Consejo de Administración. Tres o cuatro veces, Stavisky volvió a la carga sin resultado. Y éste fué para él el comienzo de la debacle. El agujero de Bayona no había sido tapado hacia el fin de 1933, como era indispensable a fin de que la estafa no fuera descubierta. Stavisky no podía recomenzar el golpe de teatro que lo había salvado en Orleans. Los bonos impresos que ofrecía desde el principio de 1933, al 35 o 40 o/o de su valor, curso oficial, con el apoyo de sus amigos parlamentarios, no constituían más que una nueva prueba de su estafa.

No podía sostener el "Empire". Su cómplice Hayotte estaba abandonado a su propia suerte. El lanzamiento de la rubia Rita Georg, cesaba de ser para él una ganga de amistad dada al magnate de quien era la querida. Desde el principio de diciembre Alejandro estaba acosado. El, que gastaba decenas de millares de francos por día, se había visto obligado a solicitar un préstamo de veinte mil francos al Crédito Municipal de Burdeos. Las piedras que le quedaban las había liquidado hasta el último centavo.

Aun admitiendo que Stavisky haya vendido a mal precio esas piedras y las joyas que le llevó a último momento su fiel lugarteniente Tissier, no se explica el hecho de que sobre su cadáver sólo fueran encontrados 30.000 francos. ¿Dónde está el resto?

El director de un gran Banco de París, bien colocado para juzgar, estima en unos ochocientos millones el total de las depredaciones de Stavisky. Sólo la mitad ha sido gastada en el asunto de Bayona, coimas, regalos a periodistas, funcionarios, etc. Pero de esos ochocientos millones de francos debían quedar algo más de 30.000.

Hay otros misterios. ¿Cómo Stavisky pudo escapar, a la primera señal, en tanto que su cómplice Tissier ya estaba en prisión?

¿Por qué Stavisky, que tenía dinero y pasaportes, no franqueó las fronteras, cosa que podía hacer fácilmente?

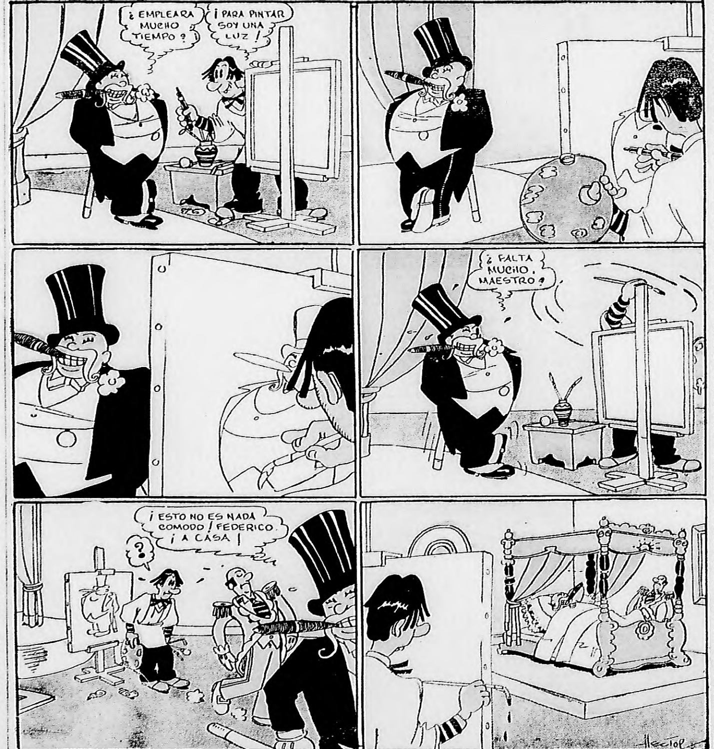
¿Hacían falta cinco largos días al juez de instrucción para averiguar lo que todo el mundo conocía, es decir, que atrás de Tissier y Garat estaba Stavisky? ¿Es posible que, virtualmente inculpado, haya podido desaparecer durante veinticuatro horas, cuando ya debería haber tenido vigilancia establecida? ¿No da todo esto la sensación de que Stavisky, alternativamente declarado loco o arrestado o gozando de la mayor libertad fué tratado como una carpa de vivero, que se mantiene viva hasta que su muerte se hace necesaria, para alivio de muchos?

Y esta coincidencia: ¿no es asombroso que al inspector Le Gall, que fué a detenerlo, sus compañeros lo hayan bautizado hace tiempo con el sobrenombre de "El Matador"?

JUAN A. DUCROT

ILUSTRACION DE GUIDO

El Nuevo Rico ★ por H. Rodríguez



3 Relatos Cerca de la Muerte

CUANDO a mi madre le relaté aquello que me sucedió en el pueblo de Médanos, me costó trabajo convencerla.

—Fué un sueño; decía— quizás tenías fiebre.

—No; es cierto —yo replicaba— es extraño, pero fué la realidad.

Hacía ya un año que no podía conseguir trabajo. Me ofrecía para hacer cualquier cosa. Pero nadie contestaba a mis pedidos.

El pensamiento de ver a mis hermanitos sufrir hambre, me obsesionaba. Había abandonado a mis amigos, me volví huraño y de noche iba por las calles de mi barrio, solo, sumido en un turbio ensueño de tristeza.

Fué entonces cuando Pedro, aquel muchacho con quien me había criado, me ofreció su ayuda.

—Trabajaremos a medias — me dijo, mientras el mozo nos servía café— Ernesto y "el negro" serán nuestros compañeros —explicó— presentándome a dos muchachos de unos veinticinco años que vestían bien, aunque no podían disimular su origen humilde.

Todos me miraron. Yo no sabía qué hacer. Me sentía un intruso en medio de aquellos hombres que yo consideraba peligrosos.

Después Pedro dijo, mientras hojeaba un diario:

—El procedimiento es éste: buscaremos en los avisos de los diarios a aquellas personas de plata que pidan un valet o un secretario. Vos irás a ofrecerte, si te toman nos prepararás el terreno, si no te toman harás el plano de la casa, estudiarás los detalles, y con esos elementos daremos el golpe.

Apenas las primeras luces alumbraron, a pesar de hacer un frío intenso y cortante y caer una llovizna helada, ya había cerca de veinte hombres esperando.

Eran ya las nueve pasadas y aun no habían abierto la puerta. Aquellos hombres se apretujaban contra la pared para resguardarse de la lluvia. Algunos temblaban.

Por fin apareció un portero de librea. Abrió la puerta.

—Pasen — dijo secamente.

Dentro se respiraba una atmósfera cálida y reconfortante. El "hall" estaba casi a oscuras. Reinaba un silencio completo.

Una escalera de mármol, cuyas gradas brillaban, producía en medio de aquel ambiente la sensación de lápidas de tumba.

★

Apareció un hombre, alto, un poco encorvado, vestido de negro. Su mirada era sagaz y fría.

Se acercó y nos examinó a todos minuciosamente, mirándonos fijo en los ojos como si pretendiese descubrir en el fondo el misterio de cada uno o algún vestigio que pudiera desenmascarar nuestros sentimientos.

Por fin, después de casi media hora de examen y cuando ya empezaba a impacientarme, habló.

—Vd. — me dijo altivamente, haciéndome pasar a una sala inmensa, fría y húmeda.

Me hizo tomar asiento. Su voz era clara y penetrante. Hablaba muy despacio, con recelo. Medía las palabras.

Llamó al criado. Hizo éste una exagerada reverencia, con humildad servil y sin levantar los ojos del suelo esperó la orden de su amo.

—Sirva un poco de te, para el señor — ordenó.

Me extrañó mucho aquella cortesía.

En las paredes había algunos cuadros, retratos de mujeres, descoloridos por el tiempo. Una ventana con barras de hierro. Este detalle era muy interesante para mí.

Mientras tomaba el te, aquel hombre empezó a interrogarme de una manera extraña.

—¿Le gusta la literatura? — me preguntó de improviso.

Yo quedé asombrado. ¿Por qué se le había ocurrido a aquel hombre que yo escribiese?

—Escribo algunos cuentos... pero no tienen importancia.

—Resiste Vd. las emociones violentas, o siente miedo por cualquier cosa?

Yo cada vez pensaba más intrigado y me preguntaba: ¿Qué significa todo esto?

Sin embargo, haciendo un esfuerzo, contesté:

—Creo que en la época que vivimos los fantasmas habrán desaparecido...

El me miró con sorpresa y luego continuó, hablando siempre con el mismo tono, mientras yo iba formando en mi cerebro el plan para dar un golpe decisivo. Con la vista medía cuantos pasos había de un mueble a otro, cuántos de la puerta interior a los muebles.

Cambió el tono de la conversación y dijo:

—Creo que es usted la persona que yo necesito.

Me miró fijamente y apoyando su mano sobre mi espalda, continuó:

—En el pueblo de Médanos tengo una casa, situada a tres leguas de la estación. Está deshabitada hace ya tiempo y necesito que alguien la cuide. Así que si Vd. acepta, no tiene más trabajo que cuidar la casa. Hay tres perros que le harán compañía... Ganará trescientos pesos mensuales.

Lo miré estupefacto a pesar de mis esfuerzos para mostrarme sereno.

¿Qué hacer?... Verdaderamente era la oportunidad que yo había buscado durante tanto tiempo y que se me presentaba ahora como un milagro. Y no creí cometer ninguna traición aceptando un empleo tan generosamente retribuído y dejar de lado a esa gente dudosa que podría destruir mi vida.

Cuando llegué al pueblo de Médanos hacía mucho frío. Las casas bajas y blancas, parecían abandonadas en aquella inmensa llanura. Las calles eran solitarias y tristes.

Tomé un coche. Un jamelgo flaco tiraba trabajosamente. La marcha, pesada y lenta, me aburría. Me pareció que caminaba leguas y leguas. Sólo después de mucho camino ví una casa miserable. Veía hombres y mujeres de rostros tostados por el sol, que me miraban de una manera extraña, casi con asombro.

Me dolían los huesos; el continuo movimiento que me hacía golpear el cuerpo contra la madera dura del coche, hacía sentir sus efectos, además del cansancio de haber pasado dos noches sin dormir.

El caballo sudaba y de su boca salía una espuma blanca.

—Esta es la casa, señor, me dijo el cochero con alegría.

Respiré con satisfacción. Después ví el coche alejarse entre los árboles hasta desaparecer en la lejanía y quedé solo.

Abrí la puerta. Hizo un chirrido agudo como si hubiera estado clausurada durante años y años. Los perros me miraban con recelo y ladraban.

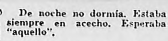
Se respiraba un olor a moho, a humedad. Había musgo en las paredes y mucho polvo sobre los muebles. Creí hallarme en una tumba antigua haciendo descubrimientos arqueológicos.

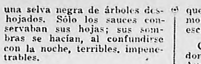
Por los cristales de la ventana entraba una luz muerta. El cielo era negro. Se veían los relámpagos a lo lejos surcar el espacio.

La noche estaba cerca y a pesar de encontrarme muy cansado limpié aquellos muebles.

Una ola de polvo se levantó y me hizo estornudar. Visité toda la casa. Eran tres piezas grandes. Encontré algunos libros que me interesaron. Eran tratados de ciencias ocultas. Uno que todavía conservo, se titula: "El camino de las almas".







Sentí hambre. Yo había traído provisiones para más de una semana. Hice fuego con algunos pedazos de leña que encontré en la cocina. Debía ser leña húmeda, porque se levantó una humareda espesa y asfixiante. Recalenté una tortilla de papas que me había preparado mi madre, abrí una lata de conserva. A pesar de una comida tan frugal, me sentí reconfortado.

En torno mío todo callaba. Los perros me seguían por todas partes, en aquella soledad eran mis compañeros inseparables.

Apagué la vela que daba una luz pálida y me acosté en un catre en aquella pieza inmensa.

Había un silencio total. No se oía nada más que el viento que aullaba entre los árboles. Empezó a llover.

Un golpe seco y los cristales de la ventana cayeron al suelo. Una mano blanca apareció en la oscuridad. Brillaba de una manera extraña.

Quise hablar y no pude. Parecía como si una cuerda me apretara la garganta.

Cruces blancas, ojos muertos, luces pálidas, llamas de fuego, ceniza y tierra y una niebla espesa y húmeda me rodearon.

Cuando reaccioné, la visión había desaparecido. Pasé una noche terrible. Aquella mano misteriosa la tenía siempre ante mis ojos. Era una visión obsesionante que me torturaba.

Creí volverme loco. La mano que había visto en la oscuridad parecía impregnada de una sustancia fosforescente.

En toda la noche no volvió a suceder nada anormal. La lluvia había cesado y el silencio era completo.

Pensé que el nuevo día, el verdor del campo, un buen paseo, me sacarían de aquel letargo de cosas confusas en que la visión me había sumido. Pero no fué así.

Durante el día no hice más que buscar rastros, algo que pudiese darme algún indicio de ser viviente, pero nada.

Pasé toda la noche sin dormir. El frío y el sueño me hacían doler los huesos, pero esa noche la mano no apareció.

Tres noches más pasé así.

La quinta noche, seguro ya de que no volvería más, me acosté, completamente tranquilo.

Pero cuando el sueño empezaba a hacerme pesar los párpados, ví la mano aparecer por la ventana.

Me acerqué. El corazón me latía precipitadamente. Sentía temor y curiosidad al mismo tiempo. La mano era pequeña y blanca, tenía las uñas muy brillantes. Me abalancé sobre ella. Sentí en mis manos una cosa fría y fugitiva. Oí un grito desesperado de mujer. Unos pasos ligeros y nada más.

Jadeante. Asustado. Me temblaban las piernas. La boca seca. Estremeciéndome ante mi sombra, que se proyectaba en el suelo, me tendí en la cama y quedé quieto, muy quieto, temeroso.

De noche no dormía. Estaba siempre en acecho. Esperaba "aquello".

Pasaron dos noches sin que la mano apareciera. Los perros de mi lado compartían mi secreto. Ellos también sufrían el influjo de aquella mano, al verla, ladraban lúgubremente.

Lenta, blanca, pequeña, las uñas brillantes, la mano volvió a aparecer. Sin titubeos, la sujeté fuertemente. La mano hacía esfuerzos desesperados para librarse. Yo tiraba con toda mi fuerza. Oí un grito terrible y doloroso y sentí entre mis manos una masa de carne fofa y fría.

Me invadió el terror y la arrojé al suelo. Encendí la luz y ví en el suelo aquella mano de mujer empapada en sangre.

A la mañana siguiente, bajo la ventana ví un surco de sangre. Seguí su huella, para ver qué camino había tomado, pero, desgraciadamente, se había perdido entre la maleza. En mi pieza, al lado de la ventana, había una gran mancha de sangre. Sentí miedo.

A pesr de tener en mi poder la mano que tanto había atormentado mis noches, sentí un no sé qué de terror que me daba frío y me obsesionaba.

Encerré la mano en un cajón. Estaba dura y helada. Parecía un pedazo de mármol tallado.

¿Era posible que yo hubiera arrancado aquella mano del brazo de un ser viviente? ¿Qué misterio encerraba aquello?

Pasé noches terribles. Sentía lamentos angustiosos. Llamados en las puertas. Golpes en las ventanas. Sentía llorar lúgubremente y una voz de mujer sollozar.

¿Qué hacer? Corría para ver quién era, pero nada. Nada más que tinieblas divisaba y un silencio profundo, casi muerto.

Repentinamente los lamentos cesaron. Ví una sombra blanca girar en la pieza. Se acercó al cajón. Oí un grito de alegría. Las ventanas se abrieron con estrépito.

Me levanté de la cama sobresaltado, encontré el cajón abierto: ¡La mano había desaparecido!

MIEDO

Sólo sentí miedo y terror una noche, hace ya doce años.

Salí del pueblo —Colonia Elordi— en compañía de mi hermanito. Contaba él cuatro años, dos menos que yo. Ibamos, como de costumbre, a buscar leña al bosque Estanguet. Era un día de invierno y hacía mucho frío.

Corrimos mucho para entrar en calor, y jugando y riendo, pasaron las horas sin sentirlas. Nos encontramos, de pronto, en una senda desconocida. Caminamos mucho... mucho.. Lo recuerdo.

De pronto creía encontrar una huella conocida. A los gritos de alegría que lanzábamos respondía el eco profundo y misterioso de la soledad. Me había engañado. Nos encontrábamos perdidos, con la noche cerca y el pueblo quién sabe dónde...

Cada vez hacía más frío. Las hierbas húmedas nos mojaban las piernas. Ya no podía cerrar las manos.

La noche caía sobre nosotros y fué entonces que sucedió aquello que no podré olvidar jamás.

Estábamos en un bosque; una selva negra de árboles deshojados. Sólo los sauces conservaban sus hojas; sus sombras se hacían, al confundirse con la noche, terribles, impenetrables.

Estábamos completamente perdidos en aquel laberinto de árboles desnudos y fríos. Mi hermano se había alejado demasiado de mí... Fué entonces que oí un grito terrible, agudo, que aun zumba en mis oídos. Después no oí nada más.

Corrí rápidamente hacia el lugar de donde llegaba aquel llamado angustioso. Lancé un grito de espanto. Temblaba como una hoja.

Allí estaba mi hermano, bañado en sangre, colgado de un árbol. Tenía los ojos extraordinariamente abiertos. Llamé:

—¡Gabriel!... ¡Gabriel!...

Ninguna respuesta. Las pupilas quedaron inmóviles. Una rama puntiaguda le había atravesado la garganta y quedó allí, colgado.

¿Qué hacer? Empecé a gritar como un loco. Mi voz se debatía en la soledad del bosque. Nadie contestaba. Me puse a llorar. Sentía las lágrimas surcar mis mejillas, despacito, hasta llegar a mi boca.

Tenía un miedo terrible. El cuerpo me temblaba. Sentía el corazón latir oprimido. No podía respirar. Corrí en todas direcciones, gritando. Pero que... Sólo los árboles oían, y el eco que contestaba tenía en aquel momento algo de lúgubre y de escalofriante.

Completamente agotado volví donde estaba mi hermanito. Auquellos ojos desorbitados me asustaban. Me arodillé junto a su cuerpo. Le acaricié el cabello. Lo llamé. Nada. Todo su cuerpo estaba frío. Duro. Las manos crispadas.

Cuidadosamente le saque la rama de sangre de la garganta. Estaba coagulada. Cargué el cuerpo inerte sobre el hombro y emprendí el camino. Rogué a Dios para que guiase mis pasos. Algunas gotas de sangre cayeron sobre mis manos. Sentía ganas de gritar, pero no podía.

Los árboles eran como fantasmas, las ramas como brazos descarnados. Un laberinto de sombra y de soledad me cercaba. Vagué por el campo sin rumbo. Ni una luz divisaba para orientarme. El hermanito pesaba cada vez más. No podía soportar el peso. Las fuerzas me faltaron. Tuve miedo de caer. Un espanto horrible me oprimía el corazón.

Solo. Desesperado. Gritaba. Llamaba.

Caminaba a ciegas... solo con un dolor oscuro que me martirizaba por completo. ¿Dónde iba? ¿Dónde estaba?

Caminé hasta que no pude más. Sentí el pecho pronto a estallar. Me ahogaba. Tenía las manos rojas.

El menor movimiento de las ramas me asustaba. Vagué así casi toda la noche.

Dios escuchó mis ruegos. Ví las primeras casas del pueblo. Las piernas ya no daban más. Cuando llegué, caí desmayado, rodeado de sombras.

LA MUERTE

Caía la lluvia golpeando furiosamente las calles y surcaba los vidrios de la ventana de mi cuarto y brillaban los cristales bajo el agua y la luz de una manera extraña.

De pronto una mano fría y pesada me apretó la garganta. Lancé un grito que se ahogó en un gemido. Hice esfuerzos desesperados para librarme de aquella mano que cada vez apretaba más. Sentí que un sudor frío me cubría. Después un último temblor. Quedé ahogado sobre la cama.

Empecé a sentir gritos que llegaban como ecos lejanos.

—¡Ha muerto!... ¡Mi hijo!

Era mi madre que lloraba. Sus cabellos sueltos caían sobre mi rostro. Sentía caer sus lágrimas sobre mis mejillas. La veía desgarrarse las carnes con las uñas como si con su sacrificio pretendiese darme nueva vida. Había acercado su boca a la mía como si con su cálido aliento tratara de devolverme el calor de la vida. Me cubría de besos y lágrimas.

—¡Hijo!... ¡Hijo!... — exclamaba entre sollozos.

No oía nada más que gritos desesperados, balbuceos, gemidos. Una tiniebla espesa y húmeda me rodeaba. Todo era negro. Sentía el cuerpo helado. La boca y los ojos aplastados por un enorme peso.

La pieza estaba llena de flores y de gente extraña. Había en medio de la pieza un ataúd negro. Brillaba la luz y las manijas y la madera. Todo.

A los gritos de mi madre se unía ahora el quejido angustioso de mi hermana.

Las otras mujeres y algunos hombres se esforzaban por separarlas de mi cama.

—¡Es mi hermano! —gritaba — ¡Déjeme! No lo veré más... Juan... Juan... —llamaba— Contéstame... Soy yo... Soy tu hermana... Juan... Contéstame... quiero ir contigo... ¡Juan!...

Después sentí que me transportaban. Ya estaba colocado en el féretro con un crucifijo entre las manos.

Cuando el cura pidió un poco de calma para leer los salmos de los muertos, todos callaron, menos mi madre, que no podía contener su llanto.

El cura recitó varias oraciones fúnebres y por último, levantando su mano derecha, dijo con tono solemne:

—Requiem aeternam dona eis, Domine.

Y el muchacho que lo ayudaba, mientras le ofrecía el hisopo, contestó:

—Et lux perpetua luceat eis.
—Requiescant in pace.
—Amén.

Y el cura esparció el agua bendita sobre el féretro.

Después un hombre empezó a clavar la tapa del cajón. Cada martillazo parecía hundirse en mi carne. Primero llegaron a mí unos golpes vibrantes, después un martilleo sordo que se fué apagando y quedé envuelto en un lento rumor, entre sombras.



POR
JUAN FUSCALDO
ILUSTRACION DE PARPAGNOLI

El Incrédulo Frente a la Cartomante

HAMLET observa a Horacio que existen más cosas en el cielo y en la tierra de lo que piensa nuestra filosofía. Era la misma explicación que daba la linda Rita al joven Camilo, un día viernes del mes de noviembre de 1869, cuando éste se reía de ella porque había ido, la víspera, a consultar a una cartomante. La diferencia está en que Rita lo hacía con palabras.

—¡Ríe, ríe! Ustedes, los hombres, son así; no creen en nada. Pues has de saber que fuí, y que ella adivinó el motivo de la consulta, antes de que yo le dijera de lo que se trataba. Apenas empezó a echar la cartas, me dijo: —"Usted quiere a una persona..." Le confesé que sí, y entonces ella siguió echando las cartas, las combinó, y al fin me declaró que yo tenía miedo de que tú me olvidases; pero que eso no tenía fundamento...

—¡Se equivocó! — interrumpió Camilo, riendo.

—¡No digas eso, Camilo! ¡Si supieses cómo he andado por causa tuya! Tú sabes: ya te lo dije. ¡No te rías de mí, no te rías!...

Camilo le tomó las manos y la miró fija y gravemente. Le juró que la quería mucho, que sus temores parecían de criatura. En todo caso, cuando tuviera algún recelo, la mejor cartomante era él mismo. Después la reconvino, le dijo que era una imprudencia andar por esas casas. Videla podía llegar a saber, y después...

—¡Qué ha de llegar a saber! He puesto mucha cautela al entrar en la casa.

—¿Dónde está la casa?

—Aquí cerca, en la calle Guardia Vieja. No pasaba nadie en ese momento. Tranquilízate: no soy una tonta.

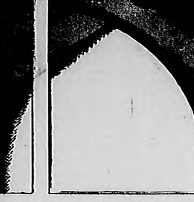
Camilo volvió a reir.

—¿Crees, de veras, en esas cosas? — le preguntó.

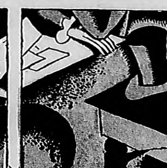
Fué entonces que ella, sin saber que traducía a Hamlet en vulgar, le dijo que había mucha cosa misteriosa y verdadera en este mundo. Si él no creía, paciencia; pero la verdad es que la cartomante le ha[illegible] adivinado todo. ¿Qué más [illegible] La prueba es que ella ahora estaba tranquila y satisfecha.















Camilo se disponía a hablar, pero se contuvo. No quería arrancarle las ilusiones. El también, de niño y mucho después, fué supersticioso; tuvo todo un arsenal de credulidades, que la madre le inculcó y que a los veinte años desaparecieron. El día en que dejó casi toda esa vegetación parásita y quedó solo el tronco de la religión, como hubiese recibido de la madre ambas enseñanzas, los envolvió en la misma duda y luego en una sola negación total. Camilo no creía en nada. ¿Por qué? No podía decirlo, no poseía un solo argumento; se limitaba a negar todo. Y digo mal, porque *negar es también afirmar*, y él no formulaba su incredulidad. Frente al misterio, se contentaba con encogerse de hombros, y fué andando.

Se separaron contentos, él más contento aun que ella. Rita estaba cierta de ser amada. Camilo *no sólo lo estaba, sino* que la veía inquietarse y arriesgarse por él, corriendo tras las cartomantes y, por mucho que la reprendiese, no dejaba de sentirse lisonjeado.

La casa donde se encontraban estaba en la antigua calle de los Borbonos, en donde vivía una comprovinciana de Rita. Está bajó por la calle de las Mangueiras, en dirección a Botafogo, donde residía. Camilo bajó por la de la Guardia Vieja, mirando de paso la casa de la cartomante.

Videla, Camilo y Rita, tres nombres, una aventura y ninguna explicación de sus orígenes. Vamos a ella.

Los dos prim[illegible]s eran amigos de la infan[illegible] Videla siguió la carrera de [illegible]gistrado. Camilo entró en [illegible]administración nacional, contra la voluntad del padre, que quería verlo médico; pero murió el padre y Camilo prefirió no ser nada, hasta que la madre le consiguió un empleo público. A principios de 1869, volvió Videla de la provincia en donde se casara con una joven hermosa y tonta; abandonó la magistratura y abrió estudio de abogado. Camilo le consiguió casa, hacia los lados de Botafogo, y fué a bordo a recibirlo.

—¿Es usted? — exclamó Rita, extendiéndole la mano. No se imagina cómo mi marido lo estima. Me habla siempre de usted.

Camilo y Videla se miraron con ternura. Eran amigos de veras. Después, Camilo se dijo para sí, que la mujer de Videla no desmentía las cartas del marido. Era, en verdad, graciosa y viva en sus gestos, ojos cálidos, boca fina e interrogativa. Era un poco mayor que ambos: contaba treinta años. Videla veintinueve y Camilo veintiseis. Mientras tanto, el porte grave de Videla lo hacía aparentar más viejo que la mujer. Camilo era un ingenuo de vida moral y práctica. Le faltaba tanto la acción del tiempo, como los lentes de cristal que la naturaleza pone en la cuna de algunos para adelantar los años. Ni experiencia ni intuición.

Uniéronse los tres. La convivencia trajo la intimidad. Poco después murió la madre de Camilo, y en ese desastre, que lo fué, los dos se mostraron grandes amigos suyos. Videla se encargó del entierro, de los sufragios y del inventario; Rita trató especialmente del corazón, y nadie lo haría mejor.

Cómo, de allí llegaron al amor, él nunca la supo. La verdad es que le gustaba pasarse las horas junto a ella; era su enfermera moral, casi su hermana; pero, principalmente, era mujer y bonita. Odor di femina: de ahí lo que él aspiraba en ella, y en derredor de ella, para incorporarlo a sí mismo.

Camilo le enseñó a jugar a las damas y el ajedrez, y jugaban por la noche; ella mal y él, para serle agradable, poco menos que mal. Hasta allí las cosas. Ahora la acción de la persona: los ojos insistentes de Rita, que buscaban los de él, que los consultaban antes de hacerlo al marido, las manos frías, las actitudes insólitas... Un día, siendo cumpleaños de Camilo, recibió de Videla un rico bastón de regalo, y de Rita apenas una tarjeta con un vulgar escrito con lápiz y fué entonces que pudo leer en su propio corazón; no conseguía arrancar los ojos de la tarjeta. Palabras vulgares; pero hay vulgaridades sublimes, o, por lo menos, deliciosas. La vieja calesa de plaza, en que por primera vez paseaste con la mujer amada, enceraditos ambos, vale por el carro de Apolo. Así es el hombre. Así son las cosas que le rodean.

Camilo quiso, sinceramente, huir, pero no pudo. Rita, como *una serpiente*, fuésele acercando, envolviéndolo por completo; le hizo estallar los huesos en un abrazo, y le vertió el *veneno* en la boca. El quedó aturdido y subyugado. Vejación, sustos, remordimientos, *deseos*, *todo* sintió, mezclados; pero la batalla fué breve y la victoria delirante. ¡Adiós escrúpulos! No tardó en que el zapato se acomodase al pie y ahí se fueron ambos, calle afuera, de brazo dado, pisando holgadamente sobre las hierbas y pedregullos, sin padecer nada más que algunas saudades, cuando estaban ausentes el uno del otro. La confianza y la estimación de Videla continuaban siendo las mismas.

Un día, sin embargo, Camilo recibió una carta anónima, que lo llamaba inmoral y pérfido, y decía que la aventura era sabida de todos. Camilo cobró miedo y, a fin de desviar las sospechas, comenzó a ralear sus visitas a la casa de Videla. Este le hizo notar las ausencias. Camilo respondió que el motivo era una pasión frívola, le joven. La candidez generó la astucia. Las ausencias se prolongaron, y las visitas cesaron por completo. Es posible que entrase también en eso un poco de amor propio, una intención de disminuir las atenciones del marido, para tornar menos dura la alevosía del acto.

Fué por ese tiempo que Rita, desconfiada y medrosa, corrió a casa de la *cartomante para* consultarla sobre la verdadera causa del proceder de Camilo. Hemos visto que la cartomante le restituyó la confianza y que el joven la reprendió por haber hecho lo que hizo.

Transcurrieron algunas semanas. Camilo volvió a recibir dos o tres cartas anónimas, tan apasionadas que no podían ser advertencia de la virtud, sino despecho de algún pretendiente. Tal fué la opinión de Rita que, por otras palabras mal compuestas, formuló este pensamiento: la virtud es perezosa y avara, no gasta tiempo ni papel; sólo el interés es atractivo y pródigo.

No por eso Camilo quedó más tranquilizado; temía que el anónimo fuese a manos de Videla y la catástrofe vendría entonces, sin remedio. Rita concordó que era posible.

—Bien —dijo— *yo me llevo* los sobres para cotejar la letra con las cartas que por allá *aparecieren*. Si alguna fuese igual, la guardo y la rasgo...

No apareció ninguna. Pero, de ahí a algún tiempo, Videla empezó a mostrarse sombrío, hablando poco, como si desconfiase... Rita *apresuróse* a de*círselo al otro*; *y sobre ello* deliberaron. La opinión de ella era que Camilo volviese a la casa de ellos, sondar al marido y podría ser que le escuchase la confidencia de algún asunto particular. Camilo divergía. Apare*cer después de tantos meses*, era confirmar la sospecha o la denuncia. Más valía tomar cautela, *sacrificándose* durante algunas semanas. Combinaron los medios de corresponderse, en *caso de necesidad* y se separaron con lágrimas.

Al día siguiente, estando en la oficina, Camilo recibió esta misiva de Videla: "Ven, en seguida, a casa. Necesito hablarte sin demora". Era más de medio día. Camilo salió inmediatamente. Ya en la calle, advirtió que hubiera sido más natural llamarlo al escritorio. ¿Por qué en casa? Todo indicaba un asunto especial, y la letra, fuese realidad o ilusión, figurósele trémula. Combinó todas estas cosas con la noticia de la víspera.

—"Ven, en seguida, a casa. Necesito hablarte sin demora" — repetía con los ojos fijos en el papel.

Por MACHADO DE ASIS

Ilustración de GUEVARA

Imaginariamente vió la punta de la oreja de un drama, Rita subyugada y lacrimosa, Videla indignado, trincando la pluma y escribiendo la misiva, seguro de que él acudiría, y esperándole para matarlo. Camilo se estremeció, tenía miedo; después sonrió, amarillo. En to*do caso le repugnaba la idea de* retroceder, y siguió andando. En el camino se acordó de ir a su casa: podía encontrar algún recado de Rita que le explicase todo. No encontró nada, ni a nadie. Volvió a la calle y la idea de que fueron descubiertos le parecía cada vez más verosímil.

Era natural una denuncia anónima, hasta de la misma persona que lo amenazara antes. Bien podía ser que Videla, aho*ra conociese todo. La misma* suspensión de sus visitas, sin motivo aparente, apenas con un pretexto fútil, vendría a confirmar lo demás.

Camilo andaba inquieto y nervioso. No releía la misiva, pero las palabras estaban grabadas delante de sus *ojos*; o, si no, lo que era peor aun, le eran susurradas al oído con la misma voz de Videla: "Ven, en seguida, a casa. Necesito hablarte sin demora". Dichas así, por la voz del otro, te*nían un tono de misterio* y de amenaza. Ven, en seguida, *¿para qué? Era cerca de* la una de la tarde. Su conmoción crecía de *minuto en minuto*. Tanto imaginó lo que iría a pasar, que llegó a creerlo y a verlo. Positivamente, tenía miedo. Pensó en ir armado, considerando que, si nada ocurriese, nada perdía, y la precaución era útil. *Poco después*, rechazaba la idea, avergonzado de sí mismo, y seguía, apretando el paso, en dirección a la plazuela de Carioca, para subir a un tilbury. Llegó, subió y mandó seguir al trote largo.

—Cuanto antes, mejor —pensó— no puedo seguir así...

Pero el mismo trote del caballo vino a agravarle la conmoción. El tiempo volaba, y no tardaría en enfrentar el peligro. Casi al final de la calle Guardia Vieja, el vehículo tuvo que parar. La calle estaba obstruída por un carro que había volcado. Camilo ponderó el obstáculo y esperó. Al cabo de cin*co minutos*, advirtió que al lado, a la izquierda, junto al tilbury, quedaba la casa de la cartomante a quien Rita había consultado una vez, y nunca deseó tanto creer en la lección de las cartas. Miró y vió las ventanas cerradas, cuando todas las demás estaban abiertas y llenas de curiosos del incidente callejero. Diríase la *morada del indiferente Destino*.

Camilo se reclinó en el tilbury, para no ver nada. Su agitación era grande, extraordinaria y del fondo de las capas morales emergían algunos fantasmas de otro tiempo; las vie*jas creencias*, las supersticiones antiguas. El cochero le propuso volver a la primera calle transversal, e ir por otro camino. El joven respondió que no, que esperase. Y se inclinaba para mirar la casa... Después hizo un gesto incrédulo: era la idea de oir a la cartomante, que pasaba a lo lejos, muy lejos, con amplias alas grises; desapareció, reapareció y volvió a desvanecérsele en el cerebro. Pero de ahí a poco, otra vez, las alas, más cerca, haciendo unos giros concéntricos...

En la calle, gritaban los hombres, zafando al carro:

—¡Anda! ¡Ahora! ¡Empuja! ¡Ah!...

De ahí a poco el obstáculo estaría removido. Camilo cerraba los ojos, pensaba en otras cosas; pero la voz del marido le susurraba al oído las palabras de la misiva: "Ven, en seguida..." Y él veía las contorsiones del drama y temblaba.

La casa estaba enfrente. Sus piernas querían descender y entrar... Camilo se vió delante de un largo velo opaco... Pensó rápidamente en lo inexplicable de tantas cosas. La voz de la madre le repetía una porción de casos extraordinarios; y la misma frase del príncipe de Dinamarca, revoloteábale dentro: "Hay más cosas en el cielo y en la tierra de lo que piensa tu filosofía... "¿Qué perdía él, si...?

Y se encontró en la vereda, junto a la puerta. Dijo al cochero que esperase y rápidamente enfiló por el corredor, y subió la escalera. La luz era escasa, los escalones gastados, el pasamanos pegajoso; pero él no vió ni sintió nada. Trepó y llamó. Al no aparecer nadie, acudióle la idea de bajar; pero era tarde: la curiosidad le fustigaba la sangre, sus sienes palpitaban. Volvió a llamar una, dos, tres veces. Acudió una mujer: era la cartomante. Camilo dijo que iba a consultarla, y ella lo hizo pasar. Entraron. De allí subieron al desván, por una escalera peor aun que la primera y más oscura. Arriba había una salita, apenas iluminada por una ventana que daba hacia el tejado de los fondos. Trastos viejos, paredes sombrías, un aire de pobreza que más bien aumentaba que destruía su prestigio.

La cartomante le hizo sentar delante de la mesa, sentándose ella en el lado opuesto, con las espaldas hacia la ventana, de manera que la poca luz de afuera diese de lleno en el rostro de Camilo. Abrió un cajón y sacó un mazo de cartas largas y manoseadas. Mientras las barajaba, rápidamente, mirab*a* al consultado, no de frente, sino por debajo de los ojos. Era una mujer de unos cuarenta años, italiana, morena y flaca, con *grandes ojos astutos y agudos*. Dió vuelta tres cartas sobre la mesa y dijo:

—Veamos primero qué es lo que le trae aquí. Tiene usted una gran preocupación...

Camilo, maravillado, hizo un gesto afirmativo.

—Y desea saber —continuó ella— si le acontecerá algo, o no...

—A mí y a ella —explicó vivamente él.

La cartomante no sonrió; le dijo que esperase. Rápidamente volvió a tomar el mazo de cartas y las barajó, con sus largos dedos finos, de uñas descuidadas. Las *mezcló bien*; cortó el mazo una, dos, tres veces, después empezó a exponerlas. Camilo tenía los ojos puestos en ella, curioso, ansioso.

—Las cartas me dicen...

Camilo se inclinó para beber una a una las palabras. Ella le declaró, entonces, que *nada temiese*. Nada acontecería ni a uno ni a otro; él, el tercero, ignoraba todo. Sin embargo, era indispensable andar con mucha cautela; hervían las envidias y los despechos. Le habló del *amor* que los unía, de la belleza de Rita... Camilo estaba deslumbrado.

La cartomante acabó, recogió las cartas y las encerró en la gaveta.

—Ha restituído usted la paz *a mi espíritu* — dijo él, extendiendo la mano por encima de la mesa y apretando la de la cartomante.

Esta se levantó riendo.

—Vaya usted — dijo— vaya, ragazzo innamorato....

Y de pie, con el índice, le tocó la frente.

Camilo se estremeció, como si fuese la mano de la misma Sibila y se levantó también. La cartomante fué a la cómoda, sobre la cual había un plato con pasas de uva, sacó un cacho de ellas, comenzó a desprenderlas y a comerlas, enseñando dos hileras de dientes que desmentían las uñas. En esa misma acción común, la mujer tenía un aire particular. Camilo, ansioso por salir, no sabía cómo pagar; ignoraba el precio.

—Pasas cuestan dinero —dijo al fin, sacando la cartera. ¿Cuántas desea mandar buscar?

—Pregunte a su corazón — respondió ella.

Camilo sacó un billete de diez mil reis, y se lo dió. Los ojos de la cartomante relampaguearon. El precio usual era dos mil reis.

—Bien se ve que usted la quiere de veras... Y hace bien; ella gusta mucho de usted. Vaya tranquilo. Cuidado la escalera: es obscura... Póngase el sombrero...

La cartomante había guardado el dinero en el bolsillo, y bajaba con él, hablando, con una leve inflexión. Camilo se despidió de ella y bajó la escalera que conducía a la calle, mientras la cartomante, alegre con la paga, volvía a subir canturreando una barcarola. Camilo encontró al tilbury que lo esperaba; la calle estaba libre. Subió y siguió al trote largo.

Todo le parecía ahora mejor; las cosas tenían otro aspecto, el cielo estaba limpio y las caras joviales. Llegó a reir de sus temores, que halló pueriles; recordó los términos de la carta de Videla y reconoció que eran íntimos y familiares. ¿Dónde fué que descubrió la amenaza? Advirtió también que eran urgentes, y que había hecho mal en demorarse tanto; podía muy bien tratarse de algún asunto grave, gravísimo.

—¡Ea! ¡Vamos de prisa! — repetía el cochero.

Y para explicar la demora al amigo, ingenió algo; parece que formó también el plan de *aprovechar el incidente* para volver a la antigua asiduidad. Y en derredor del plan, revoloteábanle en el alma las palabras de la cartomante.

En verdad, ella le había adivinado el objeto de la consulta, su estado, la existencia de un tercero ¿por qué, pues, no había de adivinar el resto? El presente que se ignora vale el futuro. Era así, lentas y continuas, que las viejas creencias del joven iban volviendo a su espíritu y el misterio lo aferraba de nuevo con sus uñas de hierro. A veces quería reir, y se reía de sí mismo, un tanto avergonzado; pero la mujer, las cartas, las palabras *secas y* afirmativas, la exhortación: "Vaya, vaya usted, *ragazzo innamorato*", y al fin, a lo lejos la barcarola de la despedida, lenta y graciosa. Tales eran los elementos recientes que formaban, con los antiguos, una fe nueva y vivaz.

La verdad es que su corazón iba alegre e *impaciente*, *pensando* en las horas felices de otrora y en las que habían de venir. Al pasar por Gloria, Camilo miró hacia el mar, extendió la mirada hacia afuera, hasta donde el agua y el cielo se dan un abrazo *infinito*, y así tuvo la *sensación* del *futuro*, largo interminable.

A poco llegó a la casa de Videla. Apeóse, empujó la verja de hierro del jardín y entró. La casa estaba silenciosa. Subió los seis escalones de piedra y apenas tuvo tiempo de llamar, la puerta se abrió apareciéndosele Videla.

—Disculpa, no he podido venir más temprano. ¿Qué pasa?

Videla no le respondió; tenía las facciones descompuestas; le hizo una seña y fueron hacia una salita interior.

Al entrar, Camilo no pudo sofocar un grito de terror: al fondo, sobre el canapé, estaba Rita muerta, ensangrentada. Videla lo asió de la solapa y, con dos tiros de revólver, lo desplomó, muerto, en el suelo.

BIBLIOGRAFIA

Eduardo Schiaffino: **La pintura y la escultura en Argentina (1783-1894)**

No es exagerado afirmar que las historias de la pintura se pueden dividir en tres clases abominables: a) las cometidas por personas que entienden de escribir y no de pintar; b) las cometidas por personas que entienden de pintar y no de escribir; c) las cometidas por "ambizurdos" que ignoran esas dos actividades con igual perfección. Las del grupo b son casi tan nefastas como las últimas, ya que la ignorancia de los *pintores, aunque no alcance* la soberbia y la plenitud de la de cualquier escultor, supera fácilmente a la que manejan los literatos — que no es despreciable tampoco. El pintor llamado "pompier" (denigración inadmisible de un término que habla de una profesión terrible y ardiente, muy saludada por Walt Whitman) solía atesorar algún episodio de la mitología greco-romana; el nuevo puede prescindir de esa ardua *erudición*, innecesaria para su apetecida acumulación de *guitarras despedazadas*, arlequines inválidos, pipas sin fumador, titulares sueltas de diario, botellones de anís y otros melancólicos atributos.

Los tres peligros verosímiles de que hablé han sido descar*tados ab initio* en este libro totalmente admirable de Don Eduardo Schiaffino: distinguido pintor y espontáneo y rico prosista.

Entiendo que la primera de esas actividades le ha procurado más renombre que la segunda: nuestro público ignora con injusticia (y con detrimento y pérdida propia) la obra de Schiaffino, escritor. Básteme recordar aquí su debate con cierto periodista madrileño de esos que están desinfectando perpetuamente el delicado idioma español, siempre contaminado de galicismos, cuando no de americanismos. Schiaffino (invirtiendo el orden habitual de esas controversias) argumentó que España, con sus provincialismos adulados por la Academia, con su galaico-portugués, su catalán, su bable, su caló agitanado, su mallorquín, sus aragonesismos y andalucismos, su dialecto extremeño, su Muñoz Seca, su vascuence y su Arniches, importaba un serio peligro para la pureza del castellano, un peligro que debíamos rechazar...

La pintura y la escultura en Argentina no es de esos libros que haragana y lánguidamente se dejan leer: es de los que conquistan y estimulan la atención del lector. La iconografía de San Martín, los caudillos de nuestras contiendas civiles, la iconografía de Rosas, la dulce y sanguinaria plebe rosina que *sesteaba, mateaba y guitarrea*ba a la sombra creciente de los *castillos* que despicaban un cansancio de leguas en el Hueco de las Cabecitas o en Monserrat, las diversas indumentarias del gaucho (desde aquel andaluz de chiripá que aflige *tanto a Rossi*, que lo requiere desvestido, charrúa y antiespañol) las glorias y percances de la pintura militar en esta repú*blica*, *el arte de Vidal, de Pri*diliano Pueyrredón y de Pelle*grini*, la *Fundación del Ateneo*, el pensativo elogio de Eduardo Wilde a la *Fiebre amarilla* de Blanes, la codicia ilusoria y anacrónica de Ricardo Gutiérrez, que pretendía "cien nacionales" por un artículo: he aquí algunos de los temas a que nos invitan las páginas.

De la pintura y escultura argentinas habla Schiaffino, pero su estudio es un testimonio fehaciente de otro arte nacional, que yo sospechaba casi perdido (como el de componer tangos felices): el de la irónica y cortés prosa criolla, prosa de Buenos Aires.

J. L. B.

¿Habrá Guerra?

Reportaje a Andrés Malraux

★

LOS retratos de Andrés Malraux presentan casi siempre, al mismo tiempo que su rostro, sus manos. Tienen razón. Un rostro, un cuerpo siempre en movimiento, como saliendo de sí mismos, echando puntas al exterior y retornando, frente a menudo inclinada, boca tensa, gestos del dedo, y, en verdad, gestos del semblante, como de una mano móvil. Ausencia de sonrisa. Una sorprendente "puntuación" en la voz, comillas, paréntesis, guiones; una voz clara y retozona, refrenada a veces. Una conversación con Andrés Malraux es una conversación [illegible]atos sólo porque se dice también: romper lanzas.

Hablamos de la guerra, por hacer lo que todos. No verdaderamente de la guerra, pero sí de esas potencias del mundo entre las que ella se jugará, entre las que ella establece desde ahora una especie de cemento invisible blando todavía, que se siente endurecer demasiado pronto.



—Es claro, dijo Andrés Malraux, que hoy el juego está en hacer un bloque Francia-Alemania - Polonia contra Rusia. Se pretende que son los "negociantes en cañones" los que empujan a esta guerra. Sería necesario matizar. Por cierto que pienso siempre en lo que decía en el mitin por el retorno de los obreros de la U. R. S. S., que alrededor de las losas de los soldados desconocidos se pasean un poco en demasía negociantes de cañones desconocidos. Pero el interés de los negociantes de cañones franceses es más bien hoy día que los pueblos se armen sin batirse: saben bien que sería imposible movilizar esta vez a los franceses si los beneficios les corresponden a ellos, si el gobierno no empieza por la nacionalización de las industrias de guerra. El ideal del negociante de cañones sería la paz superarmada, antes que la guerra. Y, además, titubearán en no economizar en el fascismo lo que no economizarían en Alemania.

"Pero hay que tener en cuenta a la opinión. No está muy caliente para la guerra. Se la calentará. Bueno. Miremos un poco esta operación. La prensa del Comité de las Herrerías es, en resumen, favorable a la entente con Hitler. La de los trusts mundiales del petróleo, Royal y Standard, y de los bancos que a ellos están unidos, es francamente favorable a Hitler, francamente orientada contra Rusia. Si quiere Vd. leer con atención, "Le Matin", en este momento, es realmente interesante. Pasemos. Sucede esto, que es curioso: de una parte, un poderoso grupo de intereses económicos que prepara en Francia, a un vencimiento de plazo más cercano (petróleo) o más lejano (Comité de las Herrerías) la guerra contra Rusia; de otra parte fuerzas políticas "de izquierda", que valen lo que valen, que me excitan con moderación, pero que con toda evidencia se oponen solas con alguna importancia a esta guerra.

"Añada Vd. que una de las más grandes dificultades del régimen nazi es encontrar nuevos empréstitos, y que Hitler puede confiar en que encontrará como caballero teutónico en cruzada contra los paganos bolcheviques, lo que muy poco encuentra por el momento.

"¿Difícil de hacer marchar a los franceses con Alemania? Sí. Pero hay artimañas. La cosa sucede "primeramente" entre Alemania-Polonia de un lado, Rusia del otro. El intelectual que destina su pensamiento a la política está siempre mortificado por esto de que la política es un dominio en el cual la originalidad, el descubrimiento, cuentan mucho menos que la elección y el discernimiento. Lo esencial aquí es determinar cuáles fuerzas se oponen".

Pregunto si, dentro del estado actual de las cosas, ¿un acuerdo franco-alemán no supone una orientación de Francia hacia el fascismo, hacia un fascismo?

—No creo en el fascismo en Francia. Se engaña uno siempre confundiendo fascismo y autoridad. La autoridad en Francia puede muy bien no ser tomada por una persona, por un grupo de partidarios alrededor de un jefe. La voluntad imperial de Napoleón fué menos grande y menos eficaz que la voluntad revolucionaria de los Comités de la Convención. La inclinación a la autoridad, a menudo es viva en Francia, pero la de la libertad también (siendo, desde luego, estas dos ideas perfectamente impensables, y no correspondiendo apenas más que a actitudes).

"El Imperio, es Napoleón, pero es también Napoleón III. El rey es Luis XIV, es también Carlos XI, y, en resumidas cuentas, la República, es Panamá, pero es también la Convención".

—Pero una autoridad colectiva degenera pronto.

—Napoleón III no se sostuvo tampoco muy brillantemente. Ni así mismo, en verdad —aunque de otro modo— Napoleón I después de 1812: el ideal del Estado no es el refuerzo de la policía. Me parece difícil considerar a los gobiernos de autoridad de otro modo que como acertadas coyunturas entre el deseo que se tiene —una voluntad nacional confusa y al acecho— y una persona o un grupo dados. Lo más interesante estaría en saber cómo nace y se desarrolla de pronto una voluntad nacional. Pero sería menester un estudio. Digamos, a lo sumo, que esta voluntad nace siempre de un peligro. La clase en peligro, es el fascismo. Pero la nación en peligro, es el jacobinismo. Y el francés, más amenazado en su nación que en su clase, será jacobino y no fascista.

—Es muy cierto que un ser pensante no puede, hoy día, aceptar, ni pensar siquiera el fenómeno "régimen francés" tal como está sentado. "El gobierno da beneficios a grupos que, en cambio, le dan votos", es un poco breve. Pero no es una razón para desembocar en el fascismo".

—Un cambio de este género facilitaría evidentemente una reconciliación práctica entre Francia y Alemania.

—Alemania tiene necesidad. Alemania no puede quedar en la situación actual. Olvídase que su industria fué construída para su imperio, no para ella: Austria-Hungría, Turquía, colonias turcas, —y, parcialmente, Rusia y Asia. Como la industria americana, pero por distintos caminos, la industria alemana trabajaba "para su porvenir". Todo eso está perdido. Alemania no es más la potencia imperial que antes era, y sus vecinos empiezan a invadir sus mercados. Una potencia industrial, compuesta sobre el tema del BAGDAD BAHN, para 130 millones de hombres, continúa funcionando para 50 millones. Diez millones de obreros están previstos en un país-usina, donde ciento dieciocho mil bastarían... ¿Entonces? Un fascista alemán lúcido decía: "La verdadera solución sería matar seis millones de proletarios alemanes". Los amos de un pueblo no cuentan con muchos medios para lograr la supresión de seis millones de hombres".

—¿La guerra?

—Una guerra. Rusia parece indicada para servir de blanco. Durante años el partido comunista ha gritado que la U. R. S. S. estaba amenazada. No siempre era verdad. Hoy es cierto y "es la gran cuestión de Europa". Es con respecto a esto que se debe fallar.

"No creo en una "biología política" que permitirá prever la evolución de las fiebres europeas o mundiales. "La guera no estalla porque las circunstancias más favorables están reunidas". No. Cuando se dice que el estado de Europa, hoy día, se asemeja al estado de la Europa de 1914, no se está en la sinrazón; pero se cae en ella si se llega a la conclusión que de él saldrá una guerra "como en 1914". La guerra ha estallado en 1914, es todo lo que puede decirse; no debía estallar en 1914. Desde la guera de 1870 la ocasión, y "mejor", se había presentado cinco veces. Puesto que la guerra no ha seguido a Fashoda, en que la guerra no sobreviene cuando "debe" sobrevenir. Entonces, hacer previsiones, ¿verdad?...

"Por el momento, se trata de comprender un poco el juego: petróleo, herrerías, radicalismo, comunismo, fascismo. Cuando tantos pronósticos pueden ser hechos, queda la voluntad, digo: en ningún caso haré la guerra contra Rusia.

"Agrego que si las grandes fuerzas económicas francesas quisieran realmente servir al espíritu nacional con quien alegan vínculos de unión, deberían destinar todo lo que tienen de fuerza de voluntad y asimismo de violencia, a la conservación de la paz. Los vencedores de 1918, Estados Unidos y Japón, son las dos naciones que entraron últimas en la guerra. ¿Estas fuerzas elegirán su temor a Rusia o su deseo de poderío?"

Sorazábal

Peloponeso y Jazmin ★ por Hamlim











































